

fael y Salvador! ¡Cómo huir de las emociones, si han despertado tantas en mí y en millones de españoles esos dos colosos del arte de torear!

Cuando me he ocupado de la despedida de Salvador me ha sido imposible de todo punto separar su nombre del de Rafael. Ahora que se trata de *Lagartijo*, me encuentro en el mismo caso.

He dicho antes que Rafael Molina ha sido el creador del romanticismo en el toreo, y no sé por qué extraña asociación de ideas vienen á mi mente las palabras romanticismo y realismo, acordándome ahora de Rafael y de Salvador, como fundadores de las dos modernas escuelas aplicadas al arte de Francisco Montes.

La competencia se inició terrible y duró veinte años, porque *Frascuero* representaba el principio opuesto, y de estos dos dogmas incompatibles de todo en todo, tenía que surgir forzosamente una guerra sin cuartel.

Largartijo y *Frascuero* eran — ¡perdo-

nadme, oh dioses la comparación!—el Teófilo Gautier y el Emilio Zola del toreo. Si los lagartijistas no se contentan, llegaré á concederles que su ídolo era Flaubert; pero entendámonos, no el autor de *Madame Bovary* y *L' éducation sentimentale*, sino el de *Herodias* y *Salammbô* (!!!).

El mérito indiscutible del maestro de Córdoba, lo que le ha hecho superior á sus predecesores, está en que su arte no se ha separado jamás del buen gusto más depurado, en que ha sido siempre el mismo desde el principio hasta el fin, modelo de elegancia y de seriedad al propio tiempo, majestuoso y gallardo á la vez, arte andrógino, en suma, que ha reunido los encantos y las coqueterías, las nerviosidades felinas de lo femenino, y la fortaleza, la severidad, el aliento macho del ser viril.

Su toreo ha tenido como condición sobresaliente la plasticidad. El cuerpo de Rafael, su capote y su muleta han ido siempre juntos, y la ductilidad de aquél ha corrido parejas

con los medios de defensa del torero, formando una armonía que, lo repito, saldrá de la plaza con *Lagartijo* para no volver jamás.

Matador de ventaja lo fué desde la cogida que estuvo á punto de hacerle perder un brazo; pero esa ventaja la empleó como nadie, y constituyó un resultado, mientras los modernos la emplean como un fin.

Nadie como Rafael podrá preciarse de haber sojuzgado á los públicos, de haber dominado á los más rebeldes con los encantos de una maestría incomparable de lidiador.

Nadie como él podrá jactarse de haber reunido en torno suyo mayor número de idólatras dispuestos á defenderlo con la lengua y con la pluma, quemando el incienso con entusiasmo inagotable, siguiéndole, ciegos, en sus amistades y en sus rencores, arrullándolo, mimándolo con caricias filiales, respetos de apóstol y hasta humillaciones de esclavo.

Si *Lagartijo*, en vez de templar los insensatos delirios de sus secuaces, los alentó, si

se dejó arrastrar por la atmósfera de adulaciones que lo rodeó con sus cantos de sirena, si lejos de poner coto á ciertos desmanes que propendían á aniquilar á *Frascueto* primero, á *Guerrita* después, empleando medios contra los cuales tenían que rebelarse todas las palmas sensatas, atizó ese fuego de las pequeñas pasiones y dió motivo á vituperables hechos, la Providencia le preparó tremenda expiación el día del Corpus de 1893 y cobró con creces en pocas horas las deudas contraídas durante muchos años.

No podrá, pues, sacarse á colación, como lo hizo *Aficiones* al hablar de la despedida de *Frascueto*, el famoso verso:

Un bel morir tutta una vita onora;

pero sería también injusto decir que un puñado de lodo puede destruir una vida llena de triunfos, dedicada al enaltecimiento de nuestra fiesta nacional.

En suma: si *Lagartijo* fué el Cambronne de su propio Waterloo, con la diferencia im-

portantísima de que no puede instrumentarse la palabra del torero como Víctor Hugo instrumentó en *Los Miserables* la del heroico oficial francés, el maestro de Córdoba derramó durante su larga carrera hartos perfumes, saturó á los aficionados de sobrada y exquisita fragancia para que se olvide piadosamente el coprolito final.

«Aquí yace su coleta,
respetad sus muchas canas»,

dijo *Sobaquillo*.

Hecho queda por mi parte, y mande otra cosa á su siempre amigo y admirador.





XXII

La venganza de *Guerrita*.—Primera temporada de 1894.—La nueva empresa.—Los matadores escriturados.—El público y la prensa con Rafael.—Nodrizas y pedagogos.—Las corridas.—La muerte de *Farolero*.—El toro *Enanito*, de Miura.—Ovaciones.—El recibimiento de Guerra en Córdoba.—La corrida de Gómez.—El toro *Cocinero*.—El *Espartero* y Reverte.—La verdad.

LAS despedidas de *Lagartijo* me han separado de *Guerrita*, pero ahora vuelvo á él con tanto mayor gusto cuanto que vamos á asistir á lo que puede desde luego llamarse el advenimiento de Rafael Guerra al trono de la tauromaquia.

Transcurrió el año de 1893 sin novedades que sean dignas de señalada mención. Los

lagartijistas, mudos, aterrados, ante la *débâcle* del día del Corpus, necesitaban algún tiempo para volver en sí; pero preveían el vacío que había de rodearles, las consecuencias de aquella caída mortal que los abandonaba al enemigo, inermes, sin consuelo, á su completa merced.

“Estás vengado,” había teleografiado lacónicamente un amigo de *Guerrita* al sub-cordobés, dándole cuenta de la retirada de *Lagartijo*.

En verdad que si el alma de Guerra podía abrigar sentimientos de venganza, el autor del telegrama tenía razón, *Guerrita* estaba vengado; mas no era lícito suponer tal cosa en quien había sido cabeza de turco de los lagartijistas, puesto que la cruenta campaña llevada á cabo contra él no le había perjudicado lo más mínimo á los ojos de las empresas ni, por lo tanto, cercenándole ningún beneficio material.

Además, dando de barato que *Guerrita* pudiera saborear el manjar de los dioses, en

modo alguno debía satisfacerle un bien adquirido á costa del mal ageno.

No estaba pues la venganza ahí; estaba en que el diestro, con su bravura y su inteligencia, demostrase ante los toros que podía ir más adelante, que era capaz de alcanzar la meta y conducirse de tal suerte que sus enemigos, sin deponer totalmente su rencor, tuvieran que mitigarlo y soportar por fuerza lo que de grado no habían querido admitir.

Para que la venganza—supuesto que existiese—fuera completa, precisaba que la derrota fatal del muerto preludiasse á la fulgurante resurrección del vivo, valga la paradoja: que aquella Mezquita, ayer arrogante y sin rival, que *Yagartijo* había dejado en la plaza de Madrid, tendida en la arena y hecha pedazos, surgiera de nuevo al empuje de *Guerrita* y se enseñorease de España entera como síntesis de la robustez y de la vida de nuestra fiesta nacional.

Tal era la misión de Rafael Guerra, la única digna del diestro y de su fama, y esa fué

la que emprendió y llevó brillantemente á término en cuanto la retirada de *Lagartijo* le permitió ¡ya era hora! respirar.

Para la primera temporada del año actual había contratado la empresa al *Espartero*, á *Guerrita* y á Reverte. La plaza de toros de Madrid venía desde hace algunos años siendo un negocio ruinoso, y desde la retirada de Salvador acentuábase considerablemente la indiferencia del público, el cual acudía á su fiesta predilecta en número que se hacía más escaso cada vez.

Cambió la empresa y vino á parar á manos de D. Jacinto Jimeno, gerente del conocido empresario de Sevilla, don Bartolomé Muñoz, á quien se llama democráticamente Bartolo, y la situación no tardó en presentar visible mejoría.

Ayudaron las circunstancias á los señores Jimeno y Muñoz: el centenario de Colón y la venida de la Reina de Portugal dieron motivo á una animación inusitada, y últimamente la famosa despedida de *Lagartijo* vino á re-

machar el clavo y devolver al circo madrileño su antiguo esplendor.

Ello es que la nueva empresa, aprovechando aquellos sucesos favorables y poniendo por su parte cuanto le sugerían sus conocimientos en asuntos de toros y de toreros, logró levantar el crédito de la plaza, atraer al público y comunicar á las corridas el calor de que se resentían tanto.

Así las cosas, llegó la temporada de 1894, y, como dije antes, escrituró la empresa al *Espartero*, á *Guerrita* y á *Reverte*. Dados los tiempos que se corrían, era imposible presentar al público combinación que mejor llenase sus deseos, puesto que los tres matadores traían consigo cuanto la juventud y el recuerdo de pasadas luchas podían ofrecer de más sugestivo á la afición.

Hay que tener en cuenta que la superioridad de *Guerrita* sobre todos sus compañeros estaba fuera de discusión; había, es claro, jagartijistas empedernidos que volvían todavía su devoción hacia el *Espartero* ó hacia

Reverte; pero el grueso del ejército no se forjaba ilusiones, reconocía que no había comparación entre el cordobés y los demás toreros y soportaba á Rafael.

Cuanto á los aficionados sensatos, á la colectividad que ve y calla y no se alborota fácilmente, esos seguían á *Guerrita* con creciente interés, tenían puesto sus ojos en el incomparable diestro y le admiraban sin desplantes más, mucho más que los que le aplaudían como locos.

Fuera de los que la despedida de *Lagar-tijo* en Madrid había exacerbado y odiaban con toda su alma al segundo Rafael, y de los que aferrados á fantásticas leyes lo trataban como á niño de teta, á quien hay que enseñar el catecismo taurómico, los demás, es decir, ese público abigarrado que viene del bullicio de la fiesta y no se deja arrastrar por influencias extrañas, tenían en *Guerrita* su bello ideal y lo vitoreaban ébrios de entusiasmo, admirando su toreo tan brillante, tan eficaz, tan desahogado, lleno de efectos, plagado de

sorpresas, atractivo y único, que achicaba á todos los compañeros del diestro y establecía un verdadero abismo entre ellos y el cordobés.

La prensa, lo mismo la política que la taurina, era en general hostil á Guerra. Esto parece mentira, pero es la pura verdad.

Que tres años de propaganda antiguerrista, llevada á cabo por los anabaptistas con crueldad terrible, hubiesen dejado huellas difíciles de borrar en las naturalezas impresionables, ¡vaya con Dios!

Pero que la mayoría de la prensa taurina, la que trata en serio el espectáculo y tiene obligación de ver más allá de los que se salvan por la literatura, la emprendiese con *Guerrita* y le tirase á degüello, sólo se comprende teniendo en cuenta que media docena de frases de *cliché* basta y sobra á la generalidad de los revisteros *finiseculares* para dar lecciones de tauromaquia á *Pepe-Illo* y á Montes, y que, en tales condiciones, adquirir el diploma de crítico inteligente, temible y temido, es coser y cantar.

De otra suerte no se explica que cuando la fiesta nacional se bambolea y está á punto de caerse, la prensa más obligada á defenderla, la que de ella vive, sea la que se obstine en zaherir al único diestro que se presenta como salvador de las corridas de toros, mantenedor de su presente y garantía de su porvenir.

¡Pero qué se va á hacer cuando hay quienes se erigen en nodrizas del asombroso torero que hace dieciocho años brega en las plazas y ha realizado durante su carrera lo que en las páginas de este libro ha visto el curioso lector!

Porque lo notable del caso es que á ningún diestro antiguo ni moderno se le han apretado las clavijas con el rigor de que alardean los pedagogos taurólogos cuando enseñan la gramática de Montes á Rafael. ¡Cualquiera diría que el cordobés es un niño de mucha disposición para los toros, pero que necesita asistir diariamente dos ó tres horas á clase para escuchar las sabrosas leccio-

nes de los que no quieren que se malogre!
¡Pobrecito!

Veo que involuntariamente me anticipo á críticas que estarán más tarde en su lugar. Aplacemos, pues, la partida y entremos de lleno en la primera temporada del año presente, temporada por varios conceptos inolvidable y que señala en la historia de la tauromaquia una lúgubre fecha: la cogida y muerte del *Espartero*.

Desde la primera corrida de abono vióse ya á *Guerrita* dispuesto á entrar en la pelea con decidido tesón; viósele torear con tal desenvoltura y arte, moverse con desembarazo tan magistral, pisar el terreno de la muerte con holgura tan notable que no parecía sino que respiraba en desinfectada atmósfera, al aire libre, sin trabas de ninguna especie, como si hubiese sacudido algún peso enorme que le impidiese vivir con entera libertad.

Los toros que se lidiaron eran de D. Esteban Hernández, oriundos de la ganadería

del Conde de Patilla, y nadie pudo esgrimir contra Guerra el arma de los chotos y de los terneros, puesto que los animalitos venían con sobra de carnes y lucían sendas fisonomías dignas de los mayores respeto y consideración.

La corrida fué una ovación constante para el torero y valió ruidosos triunfos al matador.

Con los laureles conquistados aquella tarde marchó Guerra á Sevilla, donde tenía que torear las corridas de feria con el *Espartero*. Ambos llevaron á cabo allí campaña lucidísima, se apretaron mucho con los toros; Rafael mató recibiendo el sexto, de D.^a Celsa Fontfrede, lidiado el 18 de Abril; Manuel estuvo tan valiente como afortunado y los dos recibieron grandes ovaciones.

El 22 *Guerrita* volvía á Madrid, donde tenía que torear la segunda de abono con el *Espartero* y Reverte; pero se indispuso Manuel y torearón la corrida sus dos compañeros.

Lidiáronse toros de D. Juan Vázquez, de

los cuales mató *Guerrita* el que rompió plaza de media estocada excelente que le valió muchos aplausos.

Salió el tercero de la corrida, segundo que correspondía estoquear á Rafael y llegó al último tercio completamente huído y convertido en manso; pero el matador lo estrechó con tal maestría, lo recogió con la muleta tan admirable y eficazmente, que el bicho sufrió radical transformación, y de buey que era se convirtió en toro bravo y boyante, entre los entusiastas aplausos de todo el público.

Entonces *Guerrita* lo citó hasta cuatro veces y las cuatro ejecutó la suerte de recibir mejorándolo progresivamente hasta lograr consumarla la última vez y dar en tierra con el tóro.

La serie de ovaciones que obtuvo durante aquella faena que ha quedado inolvidable, hizo caer algunas vendas y extravasarse mucha bilis; y cuando el matador se retiró, después de dejar tendido al vazqueño, fué objeto

de una de las manifestaciones de admiración y de gratitud más grandes que se han presenciado en la plaza de Madrid.

La resonancia que tuvo en toda España la muerte de *Farolero*, nombre del toro de Vázquez, fué grandísima y elevó á *Guerrita* á inaccesible altura. Desde aquel instante Rafael se cuajó definitivamente, y como si se hubiese desprendido de las escorias que su toreo encerraba, al decir de sus despiadados enemigos, pisó con pie firme el terreno de la muerte y realizó una serie de faenas cual no la registra quizá en su carrera ningún matador de toros.

Mostróse igualmente admirable en la siguiente corrida del 29, y llegó á despertar en la del 4 de Mayo un entusiasmo rayano en frenesí. Corriéronse en aquella corrida reses de Miura que llamaron la atención por su corpulencia y demás condiciones de inmejorable trapío.

El primero descolló entre todos por su romana. Era enorme, fino al propio tiempo,

y traía en la cara un respeto capaz de aflojar la taleguilla al más pintado. Hizo superior pelea en el primer tercio y llegó afligido al último, aplomado, incierto y desafiando.

Guerrita lo toreó con gran inteligencia, castigándolo en su mismo terreno, y en cuanto el animal estuvo medio igualado, se arrancó el matador desde la cuna y hundió el estoque en lo alto haciendo caer desplomado al enemigo. La ovación fué tan grande como merecida.

Faltaba, sin embargo, lo más notable de la corrida, la muerte del cuarto toro. Rafael lo trasteó admirablemente y así que se cuadró el bicho, cayó sobre él, corto y derecho, y clavó una magnífica estocada. El animal, embebido en ella, quedó inmóvil ante el matador, que se hallaba en las tablas del 8, donde se había verificado toda la faena.

Entonces *Guerrita* se sentó con gran tranquilidad en el estribo, tan cerca del toro que casi le rozaba con la cara. En esta posición sacó el diestro su pañuelo, se limpió el

sudor y volvió á meterlo en el bolsillo, mientras el toro daba una vuelta y quedaba de nuevo rozando á Rafael y con la vista fija en éste. Pocos segundos después doblaba lentamente y caía á los pies del matador.

Es imposible describir la actitud del público ante aquel maravilloso espectáculo. Puestos en pie los aficionados, agitando pañuelos, aplaudiendo y vitoreando frenéticamente al asombroso lidiador, hiciéronle una ovación que se prolongó, puede decirse, hasta la terminación de la corrida.

Si habían tenido resonancia los trabajos de Guerra con los toros de Vázquez, tívola mucho mayor la incomparable maestría demostrada con los de Miura y la muerte de *Enanito*, que tal era el nombre del toro cuarto, que acabo de reseñar.

¿Cedieron los antiguerristas? Nó; de sabios es mudar de consejo, y en asuntos tau-rinos la sabiduría brilla por su ausencia. Los enemigos de *Guerrita* callaron, se mordieron la lengua, rabiaron de ira aparte, y espe-

raron la mala que, según ellos, no podía tardar.

Pero Rafael se hallaba poco propicio á complacerlos y esta es la hora en que no les ha dejado más resquicio que el que la malevolencia sistemática, el despecho ó una inexplicable terquedad dejan siempre abierto á las pasiones taurómacas.

En la siguiente corrida celebrada el 9 de Mayo con toros de Veragua, *Guerrita* mató su primero de una soberbia estocada hasta el puño y dió cuenta del segundo de una caída recibiendo, lo cual le valió sendas y estrepitosas ovaciones.

Parecerá ocioso añadir que el eco de las aclamaciones á *Guerrita* había traído el renacimiento de la afición. El maravilloso diestro llenaba ya solo la plaza, el nombre del cordobés sonaba en todos los labios, buen número de incrédulos se había declarado vencido y habíase pasado al campo guerrista con armas y bagajes, abandonando á los que segúan y seguirán hasta la muerte aferrados á

rutinarias preocupaciones ó prefiriendo el ridículo á toda noble retractación.

Cuando se anunció la sexta de abono con ganado de Udaeta, el interés fué grande; al comenzar la función la plaza estaba llena.

Tres veces pinchó Rafael á su primer toro, tres veces en lo alto y arrancando siempre corto y derecho, cogiendo hueso las tres. Se trataba de un buey de solemnidad que el diestro trató de embravecer inútilmente y al cual dió más de lo debido, por lo cual los aplausos fueron bastantes, pero no los que merecía en realidad.

Llegó el quinto, el cual, como todos sus hermanos, se mostró manso desde los pitones hasta la cola. *Guerrita* lo encontró defendiéndose entre dos caballos muertos; lo sacó de allí sujetándolo y engriéndolo con la muleta, pero el buey se desengañó y tornó á colocarse al alivio de los dos jacos. Entonces el matador comprendió que entre sus deseos y los del cornúpeto había que atender á los de éste, por lo cual lo igualó entre los dos ca-

ballos, y entrando á matar *frascuelinamente*, dió á favor de obra una superior estocada hasta la guarnición.

La ovación fué inmensa; el público entusiasmado aclamó al valiente matador que de aquel modo tan digno respondía á los que le motejaban aún de bailarín ó poco menos y se veían ya acorralados por la maestría insuperable de Rafael.

Córdoba no podía mostrarse indiferente á los lauros de *Guerrita*. Eran muchos y repetidos los que conquistaba en Madrid desde el principio de la temporada y hubiese sido realmente inexplicable ingratitud que pasara inadvertida aquella campaña.

Terminada la corrida de Udaeta, que resultó con respecto al ganado una completa decepción, al punto de deshacer aquel señor la vacada, salió para Córdoba Rafael y fué objeto de una manifestación de cariño espontánea y unánime.

Recibióronlo con música en la estación, acompañáronle hasta su casa vitoreándolo in-

cesantemente y *Guerrita*, conmovido, pudo saborear aquellos agasajos que le prodigó justamente su pueblo natal.

El domingo siguiente, 17 de Mayo, estaba de regreso en Madrid donde tenía que tomar parte en la séptima corrida de abono y matar con el *Espartero* y Fuentes seis toros de Félix Gómez. Reverte había sufrido la rotura del peroné derecho, ocasionada en la corrida anterior por el sexto toro de Udaeta, que saltó durante el segundo tercio al callejón de la barrera por el tendido 1, cogiendo desprevenido al diestro, cuando éste se encontraba allí con los trastos de matar.

Antes de celebrarse la corrida ocurrió un incidente, del cual se hacían no pocos comentarios. Había encerrados siete toros, grandes todos ellos y bien armados, pero descollaba uno por sus defensas descomunales que destruían por completo la armonía que reinaba en el trapío de los otros seis.

Guerrita rogó en el apartado al representante del ganadero que separase al corna-

lón, añadiendo que podía mandarlo á Burgos, donde lo mataría gustoso, y fundándose única y exclusivamente en que siendo los demás bichos de mucho respeto y muy bien colocados, no había por qué establecer aquella cuerna disonante en la corrida.

El ganadero se negó en redondo á acceder á los deseos de Rafael y hubo de decirle bruscamente:

—Y sobre todo, á Ud. debe importarle muy poco, porque este toro no viene para usted.

—Oiga Ud.;—diz que contestó *Guerrita*, picado,—bien ó mal, ó en mucho ó en poco tiempo, yo mato ese toro con otro que le ponga Ud. encima, y si me apura Ud., mato los dos colocándose el ganadero encima del segundo. Y ya que dice Ud. eso, el toro lo voy á matar yo esta tarde, por lo cual exijo que me lo echen el primero.

Y, dicho y hecho, se enchiqueró al bicho para que *Guerrita* lo estoquease en primer lugar.

Mató el *Espartero* el toro que rompió plaza y sonaron los clarines para dar suelta al segundo, que era el de la cuestión.

Como se había enterado mucha gente y el caso, según queda dicho, dió motivo á sabrosas conversaciones, había verdadera ansiedad por conocer al autor del desaguisado, al famoso toro de Gómez.

Cuando asomó la jeta oyóse en la plaza esa gran exclamación ¡aaaah! que el público lanza siempre ante todo lo extraordinario. Era un animal tremendo de estatura, altísimo de agujas, llamado *Cocinero*, castaño, ojinegro y cornalón. La cara no parecía tan grande y tan de respeto como realmente lo era, porque las defensas estaban algo apretadas, pero esta misma circunstancia hacía que los dos cuernos saliesen por las dos bandas del testuz como dos palos afilados, interminables y algo tocados en la extremidad.

El *ternero* hizo la pelea de varas recreándose, despachó tres jacos, dió seis tumbos á los picadores y llegó quedado al segundo

tercio y reservón y con facultades á la hora de la muerte.

Guerrita lo toreó brevemente, con siete pases, la mayoría con la derecha, que el animalito aceptó de mala gana; pero no hizo sinó cuadrarse, igualarse y encontrarse con el estoque hundido en lo alto y hasta la empuñadura, desplomándose estrepitosamente breves momentos después. La ovación que el público hizo al matador fué de las que se recuerdan.

Aún la superó, si cabe, la que recibió Rafael en la muerte de su segundo toro, quinto de la corrida. Con solo cuatro pases lo cuadró, dejándose caer enseguida con una admirable estocada hasta la mano, hecho lo cual le acarició el testuz y cayó el bicho para no levantarse más. La plaza quedó sembrada de sombreros y cigarros y la ovación continuó durante el primer tercio del toro siguiente.

Se cansa la pluma de tanto elogiar, pero el público no se cansaba de aplaudir con el

mayor entusiasmo al diestro que en una y otra corrida y con toros de gran respeto realizaba las proezas de que queda hecha mención.

¿Qué hacían entretanto sus compañeros? ¿Qué hacían el *Espartero* y Reverte? Nada, absolutamente nada que fuera digno de encomio. Había entre las faenas que realizaban los dos y las de *Guerrita* tan marcada diferencia, resaltaban tanto las incertidumbres constantes de ambos, su falta de desahogo, la escasez de sus facultades y de su inteligencia ante la desenvoltura, la maestría y el valor que mostrábanse exuberantes en Rafael, que parecían abrumados, fuera de toda realidad taurómaca, gallinas en corral ajeno, reducidos á figuras de último término, cuya insignificancia se revelaba más palpable al lado de las incomparables dotes de que alardeaba el cordobés.

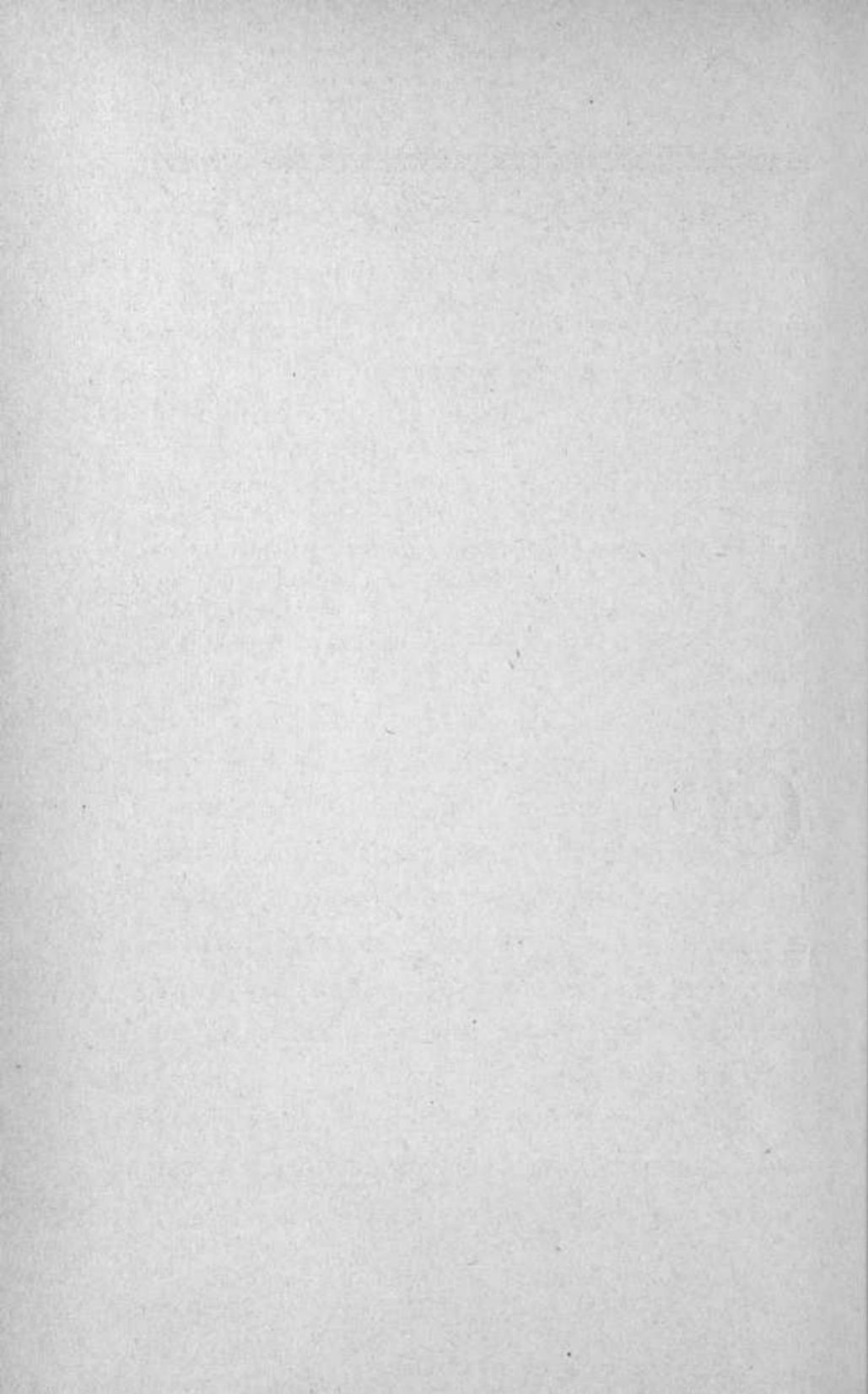
Este es un libro sincero, libro dedicado á la verdad, y he de decirla aunque quizá me pese á mí mismo.

El público de Madrid trataba al *Espar-*

tero y á Reverte con implacable dureza; los silbaba, los denostaba sin cesar, y no se me olvidará jamás la corrida de Udaeta, en que presencié un espectáculo para mí completamente nuevo; un público aclamando á *Guerrita* desde que salió el primer toro hasta que se arrastró al último, y silbando despiadadamente, llenando de ultrajes á los otros dos matadores, sobre todo al infortunado Manuel.

Así estaba la plaza madrileña cuando llegó el nefasto 27 de Mayo y el *Espartero* cayó muerto á los pies de *Perdigón*.







XXIII

Un capítulo triste.—El toro *Perdigón*.—Las dos faenas del *Espartero*.—El parte facultativo.—Muerte instantánea.—Carácter de la cogida.—Suposiciones erróneas.—Causas de la cogida.—El entierro de Manuel.—Juicio crítico.—¿Qué importa?—Lista de heridas.—La maestría y la temeridad.—Lo que fué el *Espartero*.—Manuel y Guerra.—Lo que registra la historia.

GRISTE, tristísimo capítulo este en que tengo que ocuparme de la cogida y muerte del *Espartero*! Podría sortear los escollos que presenta el trágico suceso, apelando al fingido sentimentalismo de ocasión; pero sería un acto de cobardía y no he de incurrir en él cuando mi conciencia me dicta lo contrario.

Voy pues á expresarme con toda sinceridad, escribiendo estas líneas no para los sevi-

llanos ni para los madrileños, sinó para mí mismo y las personas que, huyendo de lugares comunes y de opiniones hechas, saben apartarse de ese ambiente de idolatrías y de pasiones pendencieras que es, en medio de todo, el principal incentivo de la fiesta nacional.

Al tratar de la muerte torera de *Lagartijo*, dije que á los muertos se les deben las verdades. No pienso apartarme de este principio al relatar la catástrofe del 27 de Mayo, y emitir mi juicio sobre su desdichada víctima.

El toro que rompió plaza esa tarde pertenecía, como los demás, á la ganadería de Miura; llamábase *Perdigón*, y era de pelo castaño, ojo de perdiz, sin que por sus carnes ni por su cuerna presentase nada digno de llamar la atención.

Comenzó á embestir con bravura á los caballos, tomando siete varas en total y produciendo tres bajas; pero desde el cuarto puyazo se hizo tardo, y acabó metiendo el hocico en la arena.

Cortó mucho el terreno en banderillas, y tanto Valencia como Antolín escucharon por su valentía muchas palmas en el segundo tercio.

El *Espartero*, con traje verde y oro, pronunció el brindis de rúbrica y se dirigió á *Perdigón*, que se hallaba reservón y con patas, pero que se dejó torear de muleta muy bien, como lo prueban los doce pases que dió el matador desahogadamente y con bravura, sin que en ninguno de ellos se notase desconfianza por parte suya, ni se metiese el toro por el terreno del diestro.

Hasta entonces nada había ocurrido de particular, pero cuando el toro estuvo igualado y el *Espartero* se arrancó á matar, las cosas cambiaron de aspecto, porque *Perdigón* cogió al espada y le dió tal testerazo, que lo despidió á considerable altura.

Resultado del incidente fué una estocada corta que escupió el bicho, y un gran varetazo que sufrió el matador.

Levantóse éste sin tardar y cogió de nuevo

los trastos, toreando otra vez de muleta á *Perdigón* y fijándolo con siete pases, todos con la derecha. Cuadrado el toro, entró Manuel por vez segunda, clavó una estocada mortal en el lado contrario y cayó á los pies del miureño.

Contrájose horriblemente el cuerpo de Manuel, por el cual hizo el toro, arrastrándolo unos cuantos pasos; y todo acabó. Desviado el animal del sitio en que yacía su víctima, cogieron al diestro algunos de sus compañeros y varios saltarines, lo llevaron á la enfermería, donde fueron inútiles cuantos esfuerzos se intentaron para hacerle volver en sí. El cuerno de *Perdigón* se había hundido en el vientre del *Espartero*, produciendo una muerte instantánea.

“El profesor de Medicina y Cirugía que suscribe, encargado del servicio facultativo de la plaza en el día de hoy, da parte al señor Presidente que, durante la lidia del primer toro, ha sido conducido á esta enfermería el diestro Manuel García (*Espartero*), en un es-

tado de profundo colapso. Reconocido detenidamente, resultó presentar una herida penetrante en la región hipogástrica, con hernia visceral, una contusión en la región externa y clavicular izquierda.

„Prestados los auxilios de la ciencia para el caso más alarmante, que era el de colapso, y reconocido al cabo como ineficaces, se le administraron los últimos Sacramentos, falleciendo el herido á las cinco y cinco minutos de la tarde, y á los veinte minutos de su ingreso en la enfermería.

„Todo lo cual tengo el sentimiento de participar á V. S.—El Jefe de servicio, *Marcelino Fuertes.*„

Así decía textualmente el parte facultativo de la función del 27 de Mayo de 1894, dirigido á la Presidencia.

Cierto que la vida material del *Espartero* se apagó á los veinte minutos de haber ingresado el cuerpo en la enfermería; pero el colapso lo determinó la cornada, y como colapso no es otra cosa sino la cesación del

aparato circulatorio, puede afirmarse que Manuel García quedó muerto instantáneamente á los pies de *Perdigón*.

Detalle dramático. Cuando el *Espartero* era llevado en hombros, vióse que, efecto sin duda de una contracción nerviosa, volvía la vista hacia el toro en el momento en que éste, herido mortalmente por la estocada, doblaba en el redondel.

Jamás había ocurrido nada semejante en la plaza de Madrid. Hacía noventa y tres años que *Pepe-Ilo*, destrozado por un toro de Peñaranda de Bracamonte, cayera muerto ante la cara del animal; pero José Romero tuvo que rematar de dos estocadas á la fiera, la cual había sufrido poco daño con el pinchazo de *Ilo*.

Los demás, espadas y banderilleros, novilleros y diestros de cartel, Bocanegra, el *Cano*, *Barragán*, *Oliva*, *Pepete*, *Canet* y *Nicolás*, el *Pollo*, murieron casi todos en sus casas ó en el Hospital; y si hallaron la muerte en la misma plaza, fué haciendo un quite,

como *Pepete*, ó tropezando en un viaje con el toro, como Nicolás.

El *Espartero* cayó ante el enemigo, herido éste de muerte por el estoque del torero, y herido mortalmente también el torero por el asta de *Perdigón*. Desde que el toreo existe no se había dado el caso de caer muertos el toro y el matador casi simultáneamente.

La cogida no fué aparatosa, no revistió por parte del cornúpeto esa ferocidad de recoger el bulto y cornearlo repetidamente; no se vió, en suma, al hombre, convertido en pelele, como ocurrió con *Pepete* y *Pepe-Illo*, lo mismo que con varios otros diestros que, zarrandados por los toros, en medio de una imponente ansiedad, habían salido heridos y algunas veces ilesos.

Fué una cornada seca que penetró en la cavidad del vientre, horadó aquel órgano vital y dejó al mísero matador muerto en el acto á pocos pasos del miureño.

Se dijo que el varetazo recibido por Manuel al entrar por vez primera, había sido

causa determinante del colapso, y se añadió, que si *Guerrita* hubiese estado allí, hubiese impedido que el matador empuñara de nuevo el estoque y la muleta.

Ni lo uno ni lo otro; no se dan siete pases con sosiego cuando se sufre un varetazo mortal. Y, cuanto á la intervención hipotética de Guerra, se necesitaba conocer muy poco la historia del *Espartero* para suponer que un lidiador que había toreado varias veces con heridas abiertas, y mostrado ante los golpes un desprecio absoluto del dolor, se hubiese dejado desarmar por nadie, tratándose de un varetazo.

Pero se sutaliza tanto en los toros cuando ocurre una cogida mortal; de tal suerte se abre el regulador de la fantasía, que no es mucho se comentase la tragedia á gusto del consumidor.

El *Espartero* murió de la cornada y murió, porque el infeliz, dotado de una temeridad que ocultaba siempre á sus ojos todo peligro, no quiso ó no pudo atender el aviso

del toro al voltearlo la primera vez. Es evidente que el animal se ciñó mucho, indicando al matador que había que tomar holgadamente el terreno para el arranque, entrar con suma ligereza y salir con todos los pies. Esto es lo que manda el arte para estoquear las reses que se ciñen ó se cuelan.

El *Espartero* entró la segunda vez lo mismo que la primera, corto y derecho, queriendo quizá responder valientemente á la terrible crueldad que el público le había manifestado en las corridas anteriores; pero entró despacio y se embraguetó al extremo de irsele por carne la estocada, es decir, de herir en el lado contrario; y como no tenía fuerzas para salir muy de prisa, librando así el embroque, el toro no hizo sino dar el hachazo y cornear á pedir de boca el vientre del matador.

La primera cogida le ofuscó indudablemente. Hay que tener en cuenta, y lo repito por más que duela mucho, que el público había tratado al pobre espada sin pizca de

benevolencia, aunque el hielo se había roto algo en la corrida del 20, en que se corrieron toros de Navarro, que estoquearon el *Espartero*, *Guerrita* y Fuentes.

Ahora bien: verse cogido en cuanto trataba de recuperar las perdidas simpatías, debió de causar un efecto deplorable al pundonoroso diestro. Quiso estrecharse aún más en la segunda estocada, y el resultado fué la cornada inevitable, la muerte fatal. La enmienda de una falta trajo otra más grande, que terminó para siempre con la vida de Manuel.

El efecto que produjo la desgracia fué indescriptible en Madrid, alcanzó proporciones imponentes y conmovedoras en Sevilla, constituyó una explosión unánime de duelo, la corona más valiosa que llevó á su tumba el infortunado lidiador, que en la flor de la vida, á los veintiocho años, moría como mueren los temerarios, en el terreno de sus triunfos, en el campo del honor.

El cadáver fué trasladado desde la plaza

de toros á la casa de la calle de la Gorguera, domicilio del picador *Cantares*, donde paraba siempre el *Espartero*, y expuesto allí al público que acudió numerosísimo á contemplar los inanimados restos de Manuel.

El martes 29 salió el féretro para Sevilla, acompañado de una multitud inmensa, de la cual formaban parte los compañeros del diestro, periodistas, ganaderos, amigos y admiradores. Una gran carroza, arrastrada por seis caballos, llevaba la caja de zinc, donde yacían los despojos mortales del hombre, y sobre ella, cubriéndola enteramente, veíanse diecinueve coronas que el cariño y la admiración habían depositado como último tributo rendido á la memoria del valiente matador.

Cuando el tren se puso en marcha, la muchedumbre, apiñada en el andén, se descubrió piadosamente, dominada de profunda emoción; humedeciéronse muchos ojos, oprimiéronse muchos corazones y desapareció al poco rato el furgón que llevaba á Sevilla

aquellos restos desfigurados por la muerte.

El alma del torero quedaba en Madrid envuelta en el terrible recuerdo de la tragedia del 27 de Mayo; el cuerpo iba á yacer para siempre á la sombra de la Giralda, en la casa materna, regado por el llanto del pueblo natal.

Era un valiente y era un temerario: valiente, porque estaba dotado de un ánimo superior; temerario, porque se arrojaba al peligro despreciando sus consecuencias.

Cuentan que en cierta ocasión un banderillero suyo pasaba grandes apuros para meter los brazos á un toro. Impacientado el *Espartero*, se dirigió á aquél y le sugirió el modo de ejecutar la suerte.

— Pero, si hago lo que me mandas — le dijo el banderillero — me coge con toda seguridad.

— Y eso ¿qué importa? — contestó sencillamente el *Espartero*.

¡Admirable respuesta, que pinta de cuerpo entero al arrojado matador! Esa contesta-

ción sintetiza la vida torera del diestro; encierra, en pocas palabras, su alma de bronce, su incomparable valor; es la crítica más concisa, exacta y elocuente de la carrera de Manuel García, y justifica esta apreciación de *El Toreo*:

“La muerte del *Espartero* era una letra de cambio sin fecha fija, aceptada el mismo día que tomó la alternativa de matador de toros. Por lo tanto, el suceso no ha podido causar extrañeza á nadie. El plazo había de vencer, y ha vencido.”

Terrible, pero verdad.

— ¿Qué importa? — fué la divisa del infortunado lidiador; la vida colocada en último término, el peligro desconocido, la muerte despreciada, el martirio descontado, el holocausto de la existencia convertido en ineludible obligación.

1885. — 19 de Setiembre. — Zalamea la Real. — Herida dislacerante de cuatro centímetros de extensión por otros tantos de profundidad, situada en la unión del ter-

cio medio con el inferior del muslo derecho, y en su cara interna. Al entrar á matar. ¿Qué importa?

1885.—Sevilla.—29 de Octubre.—Herida de seis centímetros en el tercio inferior del vientre, al entrar á matar. ¿Qué importa?

1886.—14 de Mayo.—Málaga.—Cornada extensa y profunda en el muslo derecho al rematar un quite. ¿Qué importa?

1886.—11 de Julio.—Puerto de Santa María.—Tres heridas: una en el muslo izquierdo, otra en el hipogastrio derecho y otra en parte que el pudor impide nombrar, al dar una estocada. ¿Qué importa?

1886.—28 de Setiembre.—Sevilla.—Cornada en el muslo derecho al entrar á matar. ¿Qué importa?

1887.—17 de Julio.—Cabra.—Cornada en el muslo derecho al entrar á matar. ¿Qué importa?

1888.—21 de Mayo.—Ronda.—Puntazo en el muslo derecho al torear de muleta. ¿Qué importa?

1888.—23 de Julio.—Valencia.—Tres heridas en la región inguinal izquierda y una en la sien derecha. Las tres primeras al entrar á matar, y la cuarta producida por una banderilla que, al dar un pase de muleta, se desprendió del toro y fué á clavarse en la sien del matador. ¿Qué importa?

1889.—16 de Junio.—Palma de Mallorca.—Puntazo en el muslo izquierdo al entrar á matar. ¿Qué importa?

1890.—2 de Agosto.—Alicante.—Cornada en el tercer espacio intercostal al dar una estocada. ¿Qué importa?

1891.—16 de Agosto.—Cazalla de la Sierra.—Herida dislacerante en el pecho al hacer un quite. ¿Qué importa?

1891.—4 de Setiembre.—Daimiel.—Cornada en la pierna izquierda al rematar un quite. ¿Qué importa?

1891.—4 de Octubre.—Madrid.—Cornada en la muñeca izquierda al dar una estocada. ¿Qué importa?

1891.—16 de Octubre.—Guadalajara.

—Herida en la mano derecha, región palmar, interesando los blandos y dejando al descubierto los huesos, al torear de muleta. ¿Qué importa?

1892.—23 de Octubre.—Sevilla.—Herida en el pecho, dislacerante, de cinco centímetros de extensión y cuatro de profundidad, al entrar á matar. ¿Qué importa?

1893.—18 de Junio.—Barcelona.—Cornada de doce á catorce centímetros de profundidad en el muslo derecho al torear de muleta. ¿Qué importa?

1893. — 25 de Agosto. — Almagro. — Herida de seis centímetros de profundidad en el muslo derecho, alcanzado y volteado por el sexto toro de Miura, que al ir á tomar un puyazo se arrancó á un grupo formado por el *Gallo*, el *Espartero* y Malaver. ¿Qué importa?

Total: en nueve años, *diecisiete* cogidas y *veintidós* heridas. ¿Qué importa?

¡Y no se cuentan los varetazos ni las cogidas sin ninguna consecuencia, que sumadas

á las relatadas anteriormente, arrojan la fabulosa suma de *ochenta y una!*

Faltaban las dos últimas, las que habían de poner la firma al vencimiento de la letra fatal. Hélas aquí:

1894. — 27 de Mayo. — Madrid. — Contusión en la región externa y clavicular izquierda al entrar á matar la primera vez. Cornada en el vientre al entrar á matar la segunda vez.

— ¡Qué importa? — murmuró quizá el *Espartero* al caer sin vida á los pies de *Perdigón*.

Sumemos ahora y establezcamos la cantidad definitiva: *diecinueve* cogidas y *veintitrés* heridas, de las cuales corresponden: *una* á la banderilla que se desprendió del cervigullo del toro lidiado el 23 de Julio de 1888 en Valencia, y *veintidós* á los cuernos de las reses.

Las heridas se dividen del modo siguiente: siete en el muslo derecho, dos en el izquierdo, una en la pierna izquierda, tres en

la región inguinal, tres en el pecho, tres en el vientre, una en la muñeca izquierda, una en la mano derecha, una en la sien y otra en la parte que la vergüenza impide escribir.

Añadiendo ahora las dos últimas de Madrid á las que sufrió con ó sin consecuencias el *Espartero*, desde que en Octubre de 1882 se presentó en la plaza de Sevilla como banderillero del *Cirineo*, hasta su muerte, resulta que Manuel sufrió *ochenta y tres* cogidas en el espacio de doce años. Un solo toro lo cogió y volteó *siete veces consecutivas* en la corrida verificada en Cazalla el 17 de Agosto de 1884.

¿Se necesitan más pruebas para adquirir la certidumbre de que entre la temeridad de Manuel y su maestría mediaba un abismo?

¡Maestro! No podía serlo el desdichado. Carecía de experiencia porque había llegado á matador de cartel sin las duras faenas del aprendizaje, y carecía de destreza y habilidad porque se lo vedaba la casi absoluta nulidad de sus facultades físicas.

La inteligencia es negativa cuando no existen medios de aplicarla, y el instinto, por grande que sea, y lo era en el *Espartero*, sirve de poco si no va eficazmente auxiliado por la reflexión.

De cintura para arriba, Manuel tenía la contextura de los fuertes; de cintura para abajo parecía atacado de raquitismo. No había pues en él la fortaleza física que se requiere para sortear en todos los casos las acometidas de las reses y burlar sus traidores derrotes.

La ligereza de piernas, la flexibilidad de cuerpo, la resistencia general que es necesaria para correr prontamente en todas direcciones, pararse, volverse, cambiarse con gran celeridad; todas las condiciones indispensables del torero que ha de ser dueño absoluto de sus movimientos para evitar cogidas en los embroques sobre corto, eran en el *Espartero* letra muerta y tenían que exponerlo por lo tanto á repetidos accidentes.

El exceso de valor formaba contraste con la nulidad de las facultades del diestro, y eso

le sostuvo á fuerza de golpes, hasta que el cuerno de *Perdigón* se encargó de poner fin á aquella carrera de cornadas.

Cogiéronlo los toros pasando de muleta, haciendo quites, entrando á matar, es decir, en embroques sobre corto, cuando la salvación estaba siempre en la ligereza de los pies; y escudado en su admirable ¿qué importa? sanó de las heridas y volvió á presentarse tan fresco y animoso como antes, con esa despreocupación rayana en la demencia, que le hacía ir á las cornadas como á cosa prevista y que tenía descontada de antemano.

Por mucho que Dios reparta las cornadas de los toros, tenía que llegar un momento en que una profesión transcurrida, puede decirse que entre las astas, tuviese un término fatal.

Los cuernos lo habían hurgado tres veces en el pecho y otras tantas en el vientre. *Perdigón* fué más certero, y la herida que de otra suerte hubiese constituido una más que añadir al copioso catálogo de las recibidas

anteriormente, se convirtió en lesión mortal y cerró para siempre la triste odisea.

Podría extenderme en otros particulares *científicos* que vendrían á robustecer mi opinión; pero la pedantería no cuadra ante el torero cuya valentía y temeridad imponen el mayor respeto.

No sé si los aficionados antiguos, los que viven de recuerdos que abulta la vejez y pretenden hacernos comulgar con ruedas de molino, habrán conocido algún torero más valiente y temerario que Manuel García. Yo, que he visto torear, desde 1861 hasta la fecha, á cuantos diestros de fama han pisado las plazas de toros, declaro no haber conocido jamás torero que pueda comparársele por aquellos conceptos.

El Gran Valiente y el Gran Suicida; eso fué el *Espartero*. Un intento frustrado de suicidio basta á la inmensa mayoría de sus compañeros para hacerles desistir de nuevos empeños y condenarlos á la vida vulgar de la profesión.

Él fué todo lo contrario; los intentos, lejos de dejar mella en su ánimo, lo estimulaban á reincidir; y así había logrado llegar á ocupar actualmente preferente puesto, atravesando una vida llena de cornadas y de golpes.

Lo triste, lo dolorísimo es que, á los veintiocho años de edad y doce de carrera, se encontraba ya en desahogada posición; que el calvario á que lo habían condenado su incomparable valor y su falta absoluta de facultades, tocaba á su término y presentaba al infortunado diestro un descanso tan bien ganado para lo porvenir.

Pensaba torear muy poco y retirarse enseguida, cuando el asta de *Perdigón* dispuso lo contrario. Tenía casa propia, había adquirido coches y caballos, toreaba mucho, y, últimamente, había hecho en Sevilla, donde lo adoraban, una magnífica campaña con Rafael.

Se querían entrañablemente. Félix Urcola, el amigo inseparable de *Espartero* me ha di-

cho, que para Manuel no había compañero como *Guerrita*. Y he oído á éste expresarse del siguiente modo:

—Entre el *Espartero* y yo no podía haber competencia, porque nos queríamos demasiado.

En las últimas corridas de feria, en Sevilla, mató Rafael un toro recibiendo.

—¡Adiós, Cotiyare!—le había dicho riéndose Manuel.

—¡Hombre! Cotiyare no;—contestó riéndose también *Guerrita*—ese fué er que inventó er volapié. Dí José Reondo, que é er que resibía.

—E verdá. ¡Adiós, José Reondo!

Y se habían separado riéndose como tontos los dos.

¡Pobre Manuel! Si la tragedia del 27 de Mayo le impidió poner en práctica su propósito de quitarse de los toros, cuando un capital ganado á costa de tanta sangre le brindaba con el descanso, la muerte en la plaza de Madrid transfiguró al diestro y

borró piadosamente las faltas de toda su carrera.

Murió como un héroe, á los pies del enemigo, y después de haber dado buena cuenta de éste. El fin fué digno de quien había enarbolado el ¿qué importa? como quinta esencia de un temperamento que no conocía el temor.

La mortal caída fué, pues, subida inmortal. La historia del toreo registra ya en sus páginas el nombre de Manuel García, como modelo imponderable de valentía y de temeridad.





XXIV

Después de la muerte del *Espartero*.—Final de la primera temporada.—Un congrio y varios terneros.—Retirada y rectificación.—*Guerrita* en Francia.—El corresponsal salmantino.—San Isidro y Guerra.—La expiación.—El triunfo de *Guerrita*.—Su situación en la plaza de Madrid.

LA muerte del *Espartero* hizo en *Guerrita* grandísimo efecto, lo contristó al punto de que ni aun con sus amigos más íntimos hacía la menor referencia á la corrida del 27 de Mayo.

Toreó después en Aranjuez, el día 30, y mató tres toros que le correspondieron de otras tantas magníficas estocadas hasta la mano, que le valieron sendas ovaciones.

Tomó parte en la corrida de Beneficencia de Madrid celebrada el 17 de Junio con ocho

toros del Saltillo y cuatro matadores, y logró como siempre, dar él solo á la fiesta extraordinaria brillantez. Recortando sus toros, jugueteando con ellos, hizo primores, y mató los dos que le correspondieron, recibiendo el primero, de una estocada caída, y haciendo rodar al segundo de un soberano volapié, por lo cual fué objeto de dos ruidosas ovaciones, únicas que hubo en la fiesta.

El 27 toreó la 12.^a de abono y dió la alternativa á *Bombita*. Corriéronse seis toros de Adalid con una tarde pésima que amenazaba lluvia desde antes de darse comienzo á la función. Cuando se estaba picando al primer toro empezó á caer agua, y cuando tocaron á matar, en el tercero, el piso estaba imposible, el redondel convertido en un charco.

Guerrita brindó, se quitó las zapatillas y dirigióse al toro, al cual pasó de muleta de un modo admirable, muy cerca de la cara, dejándose caer enseguida con media estocada superior al volapié. Después sacó la espada y, corriéndola lentamente por el cerviguillo

del bicho, colocó la punta en el centro del testuz y descabelló á la primera. La admiración que produjo aquella faena se manifestó en grandísima ovación.

Mató el cuarto de una estocada corta y otra hasta la mano, que le valió también abundantes palmadas.

Habían sido tan grandes, tan continuados los triunfos de *Guerrita* en aquellas corridas inolvidables; de tal modo se había enardecido la afición con las repetidas proezas del diestro, que la empresa le propuso y aquél aceptó terminar el primer abono con una corrida de Muruve estoqueada por él solo.

Y dióse el caso, nunca ocurrido hasta entonces, que hallándose tan avanzada la estación y reinando un calor sofocante, se vendieran la víspera de la corrida todas las localidades á precios altísimos y ofreciese la fiesta caracteres de acontecimiento taurómico tan señalados como los mayores que se recordaban en Madrid.

Llegó el día, y la corrida se llevó á cabo

matando *Guerrita* los seis toros de Muruve. Salieron blandos, guasones y quedados, é hicieron en general faenas de bueyes tiernos, porque fueron cortos de agujas, lamidos de cara y escasos de cornamenta.

No desaprovecharon la ocasión los eternos enemigos del diestro. Habíanle visto matar, durante varias corridas seguidas, toros de gran respeto, como los de Miura y los de Gómez; todavía sonaba el eco de las ovaciones de que *Guerrita* había sido objeto en aquella temporada sin igual; pero ¿qué importaban los triunfos recientes del espada ni las asombrosas faenas que habían tenido por resultado el renacimiento de la afición?

Echáronle, pues, en cara la *fisonomía* del ganado, y un antiguerrista delicioso, bombeador á diestro y siniestro de todo bicho viviente que se deja *interviervear* para suministrarle las primicias de cualquier cosa, escribió que los toros de Muruve fueron “terneras que en el Instituto de vacunación hubieran prestado grandes servicios.”

Este antiguerrista es el mismo que descubrió el perfil de *Lagartijo* ¡en Reverte!

Non raggioniam di lui ma guarda e ride. ¡Y perdóneme el Dante esta profanación!

Rafael despachó los seis toros de Muruve de seis estocadas y dos pinchazos y alcanzó, banderilleando el quinto, una ovación inmensa. Ni una sola vez pinchó en los bajos; llegó con la mano al pelo en la mayoría de las estocadas, é hizo en la muerte de los tres últimos toros faenas superiores que arrancaron grandes y unánimes aplausos.

La corrida, en conjunto, no resultó todo lo lucida que se esperaba, más que por la corpulencia de los toros, por las condiciones que mostraron en la lidia. Si hubiesen sido bravos y permitido á Guerra lucir sus habilidades, la decoración hubiese cambiado seguramente; pero ocurrió á aquellos toros lo que á la mayoría de las bailarinas del regio coliseo, que es fea y baila mal.

Ni uno de los tales bichos le dejó colo-

carse á su gusto para entrar con el estoque; ninguno se prestó á las suertes de adorno; todos metieron el morro en la arena, á excepción del quinto, que dió motivo á que Rafael hiciese en el segundo tercio portentos de travesura, de gallardía y de habilidad; por lo cual el público, que llenaba la plaza hasta los topes, aplaudió á rabiar y convirtió la fiesta en halagüeña y merecida manifestación de simpatía á Rafael.

Al día siguiente corrió por todo Madrid una fantástica noticia. *Guerrita* no torearía más; había resuelto retirarse de los toros. No lo creyó nadie, y sin embargo era verdad.

Hacía tiempo que algún íntimo amigo del cordobés trabajaba con ahinco, de acuerdo con la familia de Rafael, para conseguir que se cortase la coleta. El resultado de la corrida de Muruve no había logrado satisfacer por completo á *Guerrita*, creando en él un estado de ánimo triste del cual se había aprovechado el amigo en cuestión, auxiliado por al-

gunos otros, para insistir en el propósito de la retirada.

De tal modo se valieron para conmover á Guerra, tan bien supieron aprovechar las circunstancias, que el diestro, en un arranque de impresionabilidad justificada por el momento, acabó por ceder.

Fuése á Córdoba, y *Aficiones* le telegrafió preguntándole si era cierta la determinación que se le atribuía. La respuesta vino pronto, y *Aficiones* la insertó en *El Imparcial*.

“Es verdad que me retiro de los toros. — *Guerrita.*”

No había, pues, duda. Los incrédulos se mostraron, sin embargo, en gran mayoría, y vencieron. ¿Para qué ocuparme con extensión de la humorada de *Guerrita*? Fué una nube de verano, y sería ocioso relatar con pelos y señales lo que se dijo, se escribió y se comentó en, con, por, sin, de y acerca del evento.

Baste saber que el gran torero no tardó

en rectificar su conducta y contestar á las repetidas ovaciones que alcanzó en provincias, en las corridas de canícula, con un ¡hasta el año que viene!, que tranquilizó á los aficionados.

Transcurrió el verano sin ninguna novedad, puesto que el entusiasmo que *Guerrita* despertó en cuantas plazas lució su maestría, lejos de ser cosa nueva, iba ya adquiriendo caracteres de vulgaridad.

Toreó sendas corridas en Dax, Bayona y Nimes, y mató en ellas nueve toros de nueve soberbias estocadas, despertando un verdadero delirio en los franceses, que lo agasajaron extraordinariamente y lo comprometieron para torear el año próximo venidero.

Así las cosas, y cuando el verano actual había sido para *Guerrita* una sucesión de triunfos realmente inverosímil, llevólo su mala estrella á Salamanca y le deparó allí, en forma de corresponsal de diario madrileño, á un apreciable caballero, ávido sin duda de notoriedad.

El cual caballero apreciable, haciendo gala de una discreción y de un tacto superiores á todo encomio, telegrafió á *El Liberal* que *Guerrita* había manifestado ante varias personas su resolución de no volver á torear en la plaza de la corte, añadiendo estas memorables palabras:

— ¡En Madrid, que toree San Isidro!

La prensa madrileña, ávida de noticias de sensación, acogió aquella con los brazos abiertos.

La política veraniega daba poco de sí y *Guerrita* interesaba más que Sagasta; por lo cual gimieron las prensas, estremeciéronse los chivaletes y los cajistas temblaron.

¡Imagínese el lector la trapatiesta que se armaría entre los antiguerristas, al saberse que el impío torero cedía en Madrid el capote, el estoque y la muleta al Santo labrador!

Aquello era un inesperado oasis en el árido desierto de los triunfos de *Guerrita*, y en él se refugiaban apresuradamente sus sempiternos enemigos para presentarlo como niño

sin entrañas que desprecia é insulta á su madre.

Guerra contestó al famoso corresponsal salmantino negando en redondo la veracidad de sus asertos, pero aquél replicó é insistió en lo dicho. ¡Pues, hombre, no faltaba más! Sí, señor; el cordobés había pronunciado las históricas palabras en el café Suizo de Salamanca, y cuantos respetabilísimos salmantinos escuchaban al diestro juraban y perjuraban haberle oído decir:—¡En Madrid, que toree San Isidro!

Y se acabó. Ya se sabe lo que es la prensa y lo que son algunos corresponsales. Sometido á la Inquisición *fin de siècle*, el torero tuvo que callarse y aguardar con resignación el condigno castigo. No podía tardar; y, en efecto, no tardó.

Aquí viene lo inaudito, lo madrileño *pur sang*. Tenía que torear Rafael el día 30 de Setiembre, siendo de notar que no se había presentado en la plaza de Madrid desde el 1.º de Julio, desde la corrida de los seis toros de Muruve.

Coincidió aquella presentación con la de Fuentes que, contratado recientemente para una corrida, había faltado á su compromiso y aceptado otro en Jerez, dejando con un palmo de narices al público madrileño, cuya indignación no reconocía límites.

Había, pues, que hacer una carambola, y envolver en silba común á los dos destrozados: al que pretendía que se diese la alternativa á San Isidro y al que se había fugado á Jerez.

La plaza había estado poco menos que vacía en las corridas anteriores, pero el sólo aliciente de *Guerrita* bastó para que hubiese gran entrada en la sombra y lleno completo al sol.

Se hizo el paseo y estalló la protesta. Las cuadrillas llegaron á la Presidencia acompañadas de silbidos. Aquella era la silba colectiva; faltaba la particular.

La empresa, con oportunidad suma, y como si hubiese querido ayudar por su parte al éxito de la preciosa manifestación, había

dispuesto que en aquella corrida se lidiassen cinco reses de una ganadería insignificante, la de Moreno Santa María, que resultaron pésimos.

Tocaron á matar en el primero, soltó Guerra su brindis y se dirigió al toro. Los que recordaban las memorables faenas de la temporada anterior, aplaudieron inmediatamente al diestro, dándole la bienvenida; pero salieron en el acto los silbantes, y como diez silbidos estropean la mayor ovación, el corresponsal de Salamanca venció en toda la línea, y los antiguerristas pudieron restregarse las manos de gusto después de aquella hombrada.

El toro que mató Rafael era un cobardón con facultades, que se había agarrado con las patas al suelo y meneaba la cabeza en todas direcciones, como abanico de tonta.

El mozo se acercó, y pisando el terreno del bueyendo lo sujetó allí mismo con medios pases. La faena fué breve, porque en cuanto el animal, asombrado, levantó la cabeza y la tuvo inmóvil durante pocos segundos, Guerra

no le dió tiempo para desengañarse, sino que entrando como un relámpago, *según manda el arte* (pronto hablaremos ya de esto), clavó media estocada caída que dió en tierra con el buey.

Aquella muerte admirable en que el valor y la inteligencia de *Guerrita* se mostraron á igual altura, fué recibida con aplausos y silbidos. Al día siguiente, la prensa en general, censuraba la faena de Rafael, y yo tenía la agradable sorpresa de ver que el único revistero que había coincidido conmigo en la apreciación sustancial del trabajo de *Guerrita*, era el mayor de los heterodoxos, ¡*Aficiones!* No comento el hecho, porque me llamarían adulator.

Cualquiera en el caso del torero, al convencerse de que para nada le había servido la maestría derrochada en todas las corridas de la temporada anterior, y que sólo faenas ideales podían acallar los silbidos que le amenaban siempre, se hubiera descorazonado y hubiese perdido la serenidad.

Era triste, en efecto, bregar incesantemente, andar á bofetadas con los toros, ceñirse á ellos con lucimiento sin igual, matarlos un día y otro con prontitud y maestría á ningunas otras semejantes, alcanzar ovaciones repetidas, llenar la plaza, resucitar la afición, realizar, en suma, una serie de proezas de todo género como nadie las recordaba en cantidad ni calidad, para que cuatro palabras de cualquier corresponsal mal intencionado ó sobradamente ligero destruyesen todo derecho adquirido y dejarasen al diestro á merced de los silbantes.

Por menos, por muchísimo menos se habían ausentado de la plaza de la corte, no una sino varias veces, Rafael y Salvador.

Guerrita no cedió afortunadamente. Mató el cuarto toro, el cuarto buey, de una soberana estocada hasta la mano que le valió ovación unánime; y cuando tocaron á banderillas en el sexto, un toro de Adalid que había sustituido al probable bueyendo de Santa María, cogió *Guerrita* los palos y entregó un

par á Fuentes que éste, saliendo por delante, clavó al cuarteo de un modo admirable.

Desde aquel instante el segundo tercio se convirtió para Guerra en continuada ovación. No hay idea de los primores que hizo antes de clavar dos magníficos pares; de los galleos á cuerpo limpio, de los recortes, de las voluntarias salidas en falso dando una vuelta en la cabeza de la res, de toda esa preciosa *mise en scéne* con que Rafael exorna el segundo tercio y llega á ejercer sobre los toros una verdadera fascinación.

Ya antes de las banderillas había ejecutado, durante la suerte de varas, suertes que despertaron entusiasmo general, poniendo una rodilla en tierra al remate de un quite y corriendo al toro, yendo el diestro por el hilo de las tablas y aquél por el terreno de fuera, casi pegados los dos.

El segundo tercio fué, pues, digno remate de aquellas golosinas, iluminó la corrida con vivísimos resplandores y provocó una manifestación imponente de admiración y de afecto.

Al terminar la corrida, el gran torero contaba con un triunfo más, había llenado de gozo á sus innumerables admiradores y hecho morder el polvo á sus contados é implacables enemigos.

¡Pero á fuerza de cuánta maestría, á fuerza de cuánto amor propio acababa de obtener tan señalada victoria! Porque era en verdad muy triste tener que entregarse á los toros por completo, todos los días de corrida, á todas horas, para que el insultante sonar de veinte silbidos no estableciese una nota disonante, llena de iras y despechos, en el entusiasta clamor de miles de espectadores!

Por mi parte, confieso que jamás, ni aun en lo más rudo de la pelea entre *Lagartijo* y *Frascuelo*, había contemplado espectáculo tan odioso.

Tal es la situación de *Guerrita* á la hora presente, cuando llego al término de esta obra y voy á entrar de lleno en el estudio del portentoso lidiador.



XXV

Resumen de la carrera de *Guerrita*.—Aprendizajes.—Los dos Rafaeles.—La crítica taurina.—El torero en *Guerrita*.—Lo que dicen los «sagrados cánones».—Lo bello y lo bonito.—Personalidad de *Guerrita* como torero.—El banderillero.—Modo de parear de Rafael.—Su personalidad en el segundo tercio.—Capítulo aparte.

Es de suma conveniencia, antes de formular una opinión razonada sobre la entidad torera de *Guerrita*, hacer brevísimo resumen de la carrera del célebre lidiador y ponerla en parangón con la de sus predecesores *Lagartijo* y *Frascuelo*.

Rafael Molina empezó á torear á los once años de edad en la cuadrilla de *Niños cordobeses* y tomó la alternativa cuando tenía veintidós años. Tardó, por lo tanto, once en alcanzar el puesto de matador de cartel.

Frascuero empezó á su aire, sin maestro ni nada que se le pareciese, á los dieciséis años, y contaba veintitrés al tomar la alternativa. Total: siete años de aprendizaje.

Guerrita tenía catorce años cuando ingresó en la cuadrilla de *Los Niños de Córdoba* y veinticinco cuando recibió la alternativa. Tomó, pues, el grado de doctor en tauromaquia después de once años de trabajos incesantes.

Nótese la semejanza que existe entre *Lagartijo* y *Guerrita*. Ambos salen á la plaza formando parte de una cuadrilla de niños totereros, el uno á los once años y el otro á los catorce; los dos alcanzan fama especial como banderilleros, y los dos andan con los toros, bregando durante once años, al cabo de los cuales toman la alternativa.

Rafael Molina lleva por mote *El Chico*, antes de adoptar el que lo ha inmortalizado. Rafael Guerra se llama *El Llaverito*, antes de usar el apodo de *Guerrita* con el cual pasará á la historia.

Rafaeles los dos, cordobeses los dos, de-

butantes los dos en cuadrillas de niños, banderilleros célebres los dos á las primeras de cambio, y cargando los dos con once años de aprendizaje; sería difícilísimo hallar dos toreros que presenten en los comienzos de sus carreras tanta similitud.

No lo digo á humo de pajas, sino para dejar sentado que, lejos de imitar la conducta de los toreritos modernos, los cuales escalan la alternativa de golpe y porrazo, y sientan plaza de padres sin haber sido hijos, *Guerrita* tenía la piel muy curtida, había pasado por todas las etapas *universitarias* cuando, al cabo de once años de fatigas, obtuvo la investidura de matador de cartel.

Como todavía hay quienes tratan al célebre torero de estudiante desaplicado y se erigen en preceptores de Rafael, dándole lecciones de tauromaquia con una gravedad encantadora, bueno es recordar que el niño arrojó hace tiempo la chichonera y los andadores, y se reirá cordialmente de los palmetazos que le sueltan por ahí.

Permítaseme insistir sobre este punto. La sedicente crítica taurina, pase el neologismo, consiste generalmente hoy en aplicar cuatro frases hechas á todas las suertes del toreo. Con ellas, empleadas á todo pasto, se da quince y raya á D. Santos López Pelegrín y se matan matemáticamente, con maestría y lucimiento maravillosos, los toros que, como decía *Cúchares*, vienen por el dinero de la temporada.

Parar los pies, estirar los brazos, entrar corto y derecho y salir *limpio*; con barajar eso á diestro y siniestro y aderezarlo con los nombres de Romero, Montes, Cayetano Sanz, José Redondo, *Lagartijo* y *Frascuero*, queda armado crítico taurómaco cualquier hijo de vecino, aunque escriba amigo con hache, y entienda de sintáxis tanto como el *Pataterillo* ó *Come arroz*.

Lo que se ha escrito sobre el particular, y con esos ingredientes, sobre *Lagartijo* y *Frascuero*, hay que leerlo para creerlo. Lo que se escribe acerca de *Guerrita* excede á toda ponderación.

Todo se sutiliza, todo se particulariza, todo se empequeñece, sometiendo el arte de las cornadas á una serie de teoremas y de corolarios que lo convierten en ciencia exacta.

La estocada fué *un poquito trasera*, ó *un poquito delantera*, ó *una miajita caída*, y así sucesivamente. ¿Cuánto va á que, siguiendo así las cosas, tendrán que salir los toros llevando pegado en el centro del morrillo un parche del diámetro de una peseta? Matador que no ponga la punta de la espada en el parchecito habrá matado mal; se estoqueará al blanco, y el último tercio se convertirá en tiro nacional.

Dejemos estos excesos, puesto que son incorregibles, pero útiles de señalar para mi propósito, y estudiemos á grandes rasgos, sin ridículas nimiedades, á Rafael Guerra.

Procedamos con orden. Primero el torero, después el banderillero, y últimamente el matador.

EL TORERO.—Voy á ponerme en fran-

quía inmediatamente para que nadie pueda llamarse á engaño, y no sigan leyendo aquellos á quienes disguste mi opinión.

Al hablar del *Espartero*, dije que no he conocido en mi vida diestro más valiente. Al tratarse de *Guerrita*, declaro que no he conocido nunca torero tan colosal. Ahora razonemos.

¿Cuáles son las condiciones que caracterizan al perfecto lidiador? Tres: el valor, la ligereza, la inteligencia. Las dos primeras son innatas en el individuo; la tercera es producto de la práctica.

Montes define admirablemente el valor cuando dice: “el verdadero valor es el que nos mantiene delante del toro con la misma serenidad que tenemos cuando éste no está presente”.

Sería, pues, ridículo discutir el valor de *Guerrita*. Sigamos adelante y dejemos describir la ligereza á Montes. ¿No se habla siempre de *las reglas del arte* y de los *sagrados cánones*? Pues á ello voy acudir para juzgar á Guerra.

“La ligereza de que hablo—dice Montes—es otra cualidad sumamente necesaria al que ha de torear, y consiste en correr derecho *con mucha celeridad*, y volverse, pararse ó cambiar de dirección *con una prontitud grande*; *el saltar* también es *preciso* al torero; pero donde más se conoce su *ligereza* es en todos los movimientos que *en los embroques sobre corto* es necesario hacer para librar la cabezada: el que tenga esta *agilidad* tiene mucho adelantado para que *jamás lo coja un toro*, y se hace indispensable poseerla para practicar con seguridad los recortes, galleos, etc.,”

He subrayado de intento algunas palabras para que advierta el lector la insistencia con que Montes habla de la *mucha celeridad*, de la *prontitud grande* y de la *rapidez de movimientos* en todo lo que atañe á la ligereza, añadiendo justamente que el que posea tales cualidades tiene mucho adelantado para que jamás lo coja un toro, ni en los embroques sobre largo, es decir, en todas las suertes que

se ejecutan á toro levantado, ni en los embroques sobre corto, es decir, en las suertes que generalmente se verifican á toro parado.

Ahora bien: la ligereza es innata en el lidiador, pero puede disminuir y hasta perderse: primero, por las heridas inferidas por los toros; segundo, por enfermedad, y tercero, por la mala conducta.

El primer caso se presenta por fortuna raras veces cuanto á la ligereza se refiere, que, tocante al valor, ya es harina de otro costal. El segundo caso es improbable; el tercero puede darse con frecuencia.

Los toreros son hombres rudos, respiran una atmósfera sumamente viril, y no es extraño que al llegar á la celebridad, cuando se ven rodeados de los halagos de las palmas y del dinero, beneficen de la parte alegre de la vida y cometan grandes excesos que son sumamente dañosos, y atacan directamente á la fuerza y á la agilidad.

La ligereza de *Guerrita* es maravillosa, el poder de sus piernas no admite compara-

ción con el de ningún otro diestro, su cintura parece de goma, sus músculos de acero, y todas, todas las condiciones que, según Montes, constituyen esa cualidad principal de un buen torero, las posee en grado superlativo Rafael.

Su salud es de hierro, su conducta intachable, no se le conoce ningún vicio, no hay resquicio alguno por donde su ligereza pueda sufrir menoscabo, por lo cual, dueño absoluto de esa facultad esencial para la lidia, apto para concebir y ejecutar, puede estar en todo, acudir á todas partes y realizar con su capote prodigios de destreza, de agilidad y de valor, puede adornarse al rematar las suertes lo mismo que entrar confiado en los lugares de mayor peligro, consentir á los toros como nadie, y ser ayuda eficaz propia y ajena, sin que sus facultades sufran el menor detrimento.

La ligereza es, por lo tanto, la característica de Guerra; es el sello individual de su arte; es, en suma, su personalidad. La posee,

la domina, hace de ella lo que quiere, y escudado en ella y empleándola magistralmente ha logrado lo que, en mi concepto, no ha logrado nadie ni antes ni ahora: la originalidad en los tres tercios de la lidia.

Que esa originalidad guste ó no guste, santo y bueno; pero que no sea estética ni esté dentro de las reglas de la tauromaquia, ese ya es otro cantar.

Ya se ha oído á Montes, el cual dice que hasta el *saltar* es preciso al torero. Que *Guerrita*, en ocasiones, cometa algún abuso arrastrado por el exceso de su propia individualidad torera, dígaseme quién no los ha cometido en todas las esferas de la humana actividad; pero de ahí, á declararlo payaso, hay alguna diferencia.

Para ser payaso se necesita que entre el trabajo ejecutado y el individuo que lo ejecuta haya el contraste grotesco de la figura. Los *clowns* de los circos resultarían fúnebres si no se desfigurasen la cara y el traje.

Y así como *Lagartijo* era siempre en la

lidia majestuoso, casi solemne, del mismo modo *Guerrita*, con su esbelto cuerpo, su línea fina y elegante y su cara aniñada es siempre bonito ante los toros.

Es una gradación de la belleza y nada más. *Lagartijo* bello, *Guerrita* bonito; cuestión de temperamento. El uno tiene su personalidad en el reposo, en el aplomo, en la dejadez oriental de sus movimientos; el otro la tiene en la animación, en la vivacidad, en la travesura con que juguetea con las reses y burla sus acometidas.

No hay, pues, discusión posible. Ambos se hallan dentro del arte, representando lo hermoso y lo bonito. ¿Hay quien gusta de la corrección escultural de formas, de la perfecta y exquisita armonía que resplandece en los rasgos fisonómicos de las mujeres hermosas? Pues váyase con Rafael Molina.

¿Hay quien á la plasticidad de una figura bella prefiere la desenvoltura, la coquetería, el garbo, la línea airosa y atractiva, ese irresistible *gancho* que poseen las mujeres

bonitas? Pues véngase con Rafael Guerra.

¿Hay quien se quede con los dos? Pues á ese número pertenezco y debieran pertenecer todos. De todas suertes, ya lo he dicho antes: no hay discusión posible, es cuestión de elegir.

Guerrita es, pues, refractario á lo grotesco y á lo coreográfico; ni payaso ni bailarín. Se mueve mucho porque brega muchísimo y le gusta acudir á todas partes para auxiliar á sus compañeros, que cordialmente se lo agradecen; pero precisamente su figura esbelta y fina, y su rostro de niño travieso y juguetón, adquieren mayor realce ante la cara de los toros por el contraste que ofrece un chiquillo burlando la fiereza de las reses y apoderándose de ellas en un dos por tres.

Es, pues, *Guerrita*, en mi opinión, un torero, el más grande y completo de cuantos he conocido, porque no he conocido ninguno que haya tenido sus facultades ni podido, por lo tanto, aplicarlas con más eficacia y más

brillantez á las múltiples suertes que constituyen la lidia de reses bravas.

Torero ligero, sí; saltarín, no. Al testimonio de Montes apelo para justificarme y dejar sentado mi parecer sobre *Guerrita*, cuya ligereza incomparable es la que precisamente da á su toreo un sello inalienable de personalidad.

EL BANDERILLERO. — Sobre este particular hay que hablar menos, porque supongo que nadie habrá que ponga en tela de juicio las extraordinarias dotes que como banderillero ostentó *Guerrita* cuando se presentó en Madrid.

Recuérdese que el modo de parrear de Guerra despertó tanto entusiasmo que, lo mismo en la cuadrilla del *Gallo* que en la de *Lagartijo*, bastaba la presencia del joven cordobés para dar interés á las corridas, llevar gente á la plaza y proporcionar á Rafael inusitadas ovaciones.

Desde el primer momento cautivó á los aficionados la maestría con que el apuesto

banderillero entraba á la suerte. El quiebro era en sus manos una filigrana; pero otros antes que él, el *Gordito* y *Lagartijo* sobre todo, lo habían ejecutado con elegancia y finura intachables.

Lo que asombró al público fué lo corto que *Guerrita* tomaba los toros para entrar. Se dirigía á ellos y salía voluntariamente en falso, quedándose parado á un metro de la cara; enmendaba enseguida el terreno para atrás, deteníase muy pronto, y situado á una distancia insignificante con relación á la en que se colocaban todos los demás banderilleros, se iba al toro y, embrocándose sobre muy corto, clavaba admirablemente el par.

Aquello era nuevo, no se había visto nunca y daba desde luego á *Guerrita* los caracteres de un innovador. El éxito que alcanzó fué, pues, inmenso y formó la base del porvenir de Rafael Guerra.

Poco á poco fué introduciendo en el segundo tercio detalles que sugerían al torero sus excepcionales facultades. Ya no le bastaba

clavar las banderillas; era preciso que la suerte perdiese todo aspecto de vulgaridad y viniese acompañada de otras suertes preparatorias, las cuales debían concurrir á prestar un carácter nuevo, lucidísimo, henchido de atractivas sorpresas al arte de parear.

De cómo lo ha conseguido *Guerrita*, de la vista, el valor, la inteligencia y la seguridad con que ha llenado de encantos el segundo tercio, puede juzgarse con verle en cuanto coge los palos, lo cual verifica con frecuencia.

En los demás banderilleros, sin excluir á los más célebres, poner un par ha consistido en irse al toro, cuadrar en la cabeza y clavar los palos en el centro del morrillo. Si se trataba del quiebro ó del cambio, se esperaba con frescura al toro y se le marcaba la salida en el embroque. Como no escribo un tratado de tauromaquia y se trata de suertes sobradamente conocidas, huyo de otros pormenores.

Pero el caso es que, hasta el advenimiento de *Guerrita*, la suerte de banderillas se

hallaba encerrada en estos tres términos: primero, colocación del toro por los peones; segundo, entrada del banderillero; tercero, consumación de la suerte.

Con *Guerrita* nos hallamos en presencia de un espectáculo completamente original. De más estará advertir que al explicar el modo de parrear del célebre diestro, la supongo ejecutada con los toros bravos y boyantes.

Con los palos en la mano, *Guerrita* no necesita peones. Arranca hacia el toro de primera intención y sale en falso, dándole en el testuz con las banderillas. Una vez solos el toro y el torero, el segundo tercio se convierte en un cuadro dividido en varias escenas.

Escudado en su sin igual ligereza, dotado de una flexibilidad de cuerpo, de un poder en las piernas y de una perspicacia en la vista, á los cuales nada puede resistir, Guerra se lía con el toro, lo recorta, lo gallea á cuerpo limpio, pasa por la cara dando una vuelta airosísima rozando los cuernos del

animal, entra á banderillar y simula la suerte, mostrando á la res la salida por un terreno y haciéndola ocupar el contrario; y de tal suerte consiente á los toros, los engríe y los castiga, que lo siguen como mansos borregos, cual si estuviesen hipnotizados, y fuese el diestro un domador.

Hasta tal punto llega la maestría de Rafael en el segundo tercio; son tantos, tan variados y tan primorosos los recursos que le sugieren su vista, su valor, y sobre todo, su portentosa ligereza; con tal arte y eficacia sabe escalonar todas las escenas que preceden al acto material de poner las banderillas que, cuando este momento llega, los toros y el público se hallan sugestionados por el banderillero é importaría poco que los palos cayesen en sitio bueno ó malo y hasta quedasen sin clavar.

Pero como la cadencia final corresponde siempre á las filigranas de la *cavatina*, de ahí que el cuadro resulte completo, constituya, como queda dicho, un espectáculo entera-

mente original y eleve á *Guerrita* al rango envidiable de creador.

¿Habrá divergencia de opiniones sobre este asunto? Como en materias de toros todo es posible, pudiera suceder que sí. En tal caso, hablar es inútil, que así como no hay peor sordo que el que no quiere oír, tampoco hay peor ciego que el que cierra los ojos y goza con la oscuridad.

Guerrita posee, pues, personalidad marcadísima como banderillero, porque su *ligereza* le permite ensanchar los límites reducidos del segundo tercio, y rodearlo de atractivos que no han estado al alcance de ningún lidiador.

El matador de toros y el resumen de las cualidades de Rafael, merecen capítulo aparte.





XXVI

El matador de toros.—*Guerrita* con la muleta y con el estoque.—El matador eléctrico.—Ignorancia ó mala fe.—Lo que dicen *Pepe-Illo* y *Montes*.—Enormidades.—La suerte de recibir.—*Frascuelo* y *Guerra*.—Estadísticas.—Corridas y toros muertos.—Las cogidas de *Rafael*.—Resumen de cualidades.

EL MATADOR.—Aquí hay que ir despacio y con tiento, porque entramos en el hueso de la crítica y hay que razonar mucho y hablar con claridad. Comencemos por el toreo de muleta.

Pocos matadores hay que teniendo que arreglar con el trapo á los toros bravos y nobles dejen de lucirse y de arrancar palmas. Toros así dan hecho el trabajo y se pasan ellos mismos de muleta, adjudicando al ma-

tador los aplausos que en realidad corresponden á las reses.

Con ellas se adornan á pedir de boca los espadas, y el toreo resulta tanto más lucido cuanto las condiciones físicas del matador se prestan más á ostentar su gallardía.

Adornándose con la muleta, *Guerrita* tiene que ser tan bonito y esbelto, tan elegante y primoroso como con el capote y las banderillas. Y lo es en alto grado, porque sus facultades le permiten acercarse y tomar á los toros muy ceñido y apretarse en los embroques sobre corto, seguro, como lo está, de que el poder de sus piernas y la agilidad general de sus movimientos ha de salvarle de todo apuro que pueda ocasionarle la excesiva confianza.

Pero, como no en el trasteo de los borregos, sino en el de los marrajos, es donde se conoce la envidia del matador, hay que explicar el arte de *Guerrita* por este concepto.

Aquí, lo mismo que en la lidia general y en el segundo tercio, la ligereza proporciona

á *Guerrita* abundantes armas para castigar á los toros y obligarlos á cuadrarse. Ya se ha visto en páginas anteriores con cuánta bravura llegó el matador á convertir en toros á bu yes de carreta, recogiénolos con la muleta y comunicándoles ganas de coger.

Con los toros que se agarran al suelo y desafían, emplea un recurso nuevo, un recurso inventado por él, los medios pases secos, imprimiendo á la muleta un movimiento rápido, nervioso, de arriba abajo, que coincide con la arrancada del toro y le obliga á detenerse en cuanto da el derrote. De este modo los somete á un castigo muy duro que trae siempre la *cuadratura* del animal.

Claro es que hay momentos en que los toros pueden más que el espada, como ha ocurrido á todos los matadores antiguos y modernos y ocurrirá á los que nos depare lo porvenir. No todos los toros se dejan torear, porque también ellos poseen una tauromaquia desconocida que da al traste con todos los preceptos de las de *Pepe-Illo* y Francisco Montes.

Pero aun en los casos en que las reses traen de cabeza á los matadores y los ponen á veces en el trance — como lo he visto con los más célebres de mi tiempo — de soltar los trastos y zambullirse en el callejón, vese á *Guerrita* aprovechar siempre los recursos que le proporcionan sus extraordinarias facultades, por lo cual le duran los toros, aunque tenga miedo y se despegue de ellos, mucho menos tiempo que á los demás.

Lo he visto desconfiado y con algún azoramiento en ocasiones; lo he visto en otras hasta temeroso, torear sin bravura alguna y llamar en su auxilio á los capotes de su cuadrilla; pero jamás recuerdo haberlo contemplado á merced del toro, perdidos por completo los estribos, lívido, desencajado, sin saber á qué santo encomendarse, como he visto á matadores de primer orden, á colosos en el arte de estoquear.

Y es, no me cansaré de repetirlo, que el poder de sus piernas, al de ningún otro torero semejante, ensancha de tal manera el

límite de sus recursos, que allí donde la valentía se convierte en temeridad y traería por resultado la cornada, *Guerrita* salva la situación, ahuyenta el peligro con la ligereza inverosímil de sus pies.

El trasteo de *Guerrita* es, pues, generalmente considerado, bonitísimo, variado, lleno de garbo y de elegancia en los toros nobles; de gran defensa y de gran castigo en los que ofrecen cuidado, y en él predomina como nota saliente, como sello individual esa incomparable ligereza que constituye siempre la cualidad predominante del diestro y brilla cual condición esencial, cual poderosa arma ofensiva y defensiva en el matador de toros.

Juzguémoslo ahora con el estoque. Su personalidad por este concepto es más clara si cabe que la que ostenta *Guerrita* en los dos tercios anteriores, y se destaca de un modo que no deja lugar á dudas.

Le llaman sus enemigos *el matador eléctrico*, *el matador relámpago*, dicen que mata

demasiado de prisa, y de la celeridad con que Rafael consume la suerte de matar han extraído un arsenal de armas para censurarle y mortificarle sin tasa ni medida.

Esto es sencillamente supina ignorancia ó insigne mala fe. Probémoslo, que es muy fácil, y veamos hasta dónde llega el apasionamiento inconcebible ó el desconocimiento total de las reglas del arte que aflige á los antiguerristas.

Ya se sabe que en el tercer tercio, todo el monte es hoy en día orégano; quiero decir, que todas las suertes han quedado reducidas al volapié. Las estocadas *arrancando* y *á paso de banderillas*, derivaciones directas de la estocada inventada por Costillares, existen apenas para la generalidad de los modernos revisteros. Como hay que mirar mucho *al toro* y hoy no se mira más que *al torero*, de ahí que los sabios no se enteren y confundan lamentablemente esos dos modos de herir con el volapié.

Ahora bien: para matar á volapié es ne-

cesario, según *Pepe-Illó*: primero, *correr* hacia el toro, y segundo, *salir con pies*.

Oigamos á Montes:

“El modo de practicarla (la suerte de volapié) es muy sencillo, pues consiste en armarse el diestro para la muerte sobre corto, por razón de que el toro no arranca, lo cual es requisito preciso para la suerte, que por esto la llaman también algunos *á toro parado*: estando, pues, armado así, se espera el momento en que tenga el toro la cabeza natural, y, *yéndose con prontitud á él*, se le acercará la muleta al hocico, bajándola hasta el suelo, para que humille bien y se descubra; hecho lo cual se mete la espada, *saliendo del centro* CON TODOS LOS PIES.”

Más adelante, y hablando de los toros que se aploman en los medios, caso que hoy ocurre frecuentemente con la lidia moderna, habla Montes de las grandes dificultades que presenta el volapié con esos toros, y concluye diciendo como resumen de la suerte:

“Por lo cual *recomiendo con particular*

empeño QUE SIEMPRE SE SALGA POR PIES. „

Es decir, que según el autor del mejor y más razonado y completo *Tratado de tauromaquia* que se conoce, las condiciones esenciales del volapié, para que esté bien ejecutado, son dos: primera, IRSE CON PRONTITUD AL TORO; segunda, SALIR CON TODOS LOS PIES.

De modo que el matador que arranque más pronto y salga con más pies, habrá consumado el volapié con más facilidad y perfección que cualquier espada que posea en menor grado la rapidez para entrar y la ligereza para salir. ¡A no ser que Montes nos resulte ahora un *maleta*; que, tratándose de toros, toreros y aficionados flamantes, nada hay imposible en este mundo!...

Lo grande es que aunque no lo hubiese dicho Montes, el sentido común diría que el volapié, una suerte de matar inventada para *sorprender* á los toros que no arrancan, debe ejecutarse con rapidez tal que no deje al toro tiempo de enterarse, porque estando aplo-

mado, no haciendo por el diestro, es evidente que éste no puede librar el hachazo sino *saliendo con todos los pies*.

Pues bien: el secreto del modo de matar de *Guerrita*, su admirable eficacia en general, consiste precisamente en que su extraordinaria ligereza le da andado el camino en los trances más difíciles, y le permite consumir el volapié y sus derivados (arrancando y á paso de banderillas) con destreza y agilidad, con perspicacia é inteligencia, en una palabra, con maestría superior á todo encomio y sin apartarse ni un ápice, antes bien, observando religiosamente *las reglas del arte de matar*.

Total: que los que han convertido la vertiginosa rapidez con que *Guerrita* entra y sale en las suertes *á toro parado* en arma de censuras, con la cual lo zahieren todos los días, hacen el elogio más grande y justo que puede hacerse del gran matador.

Cuanto á la censura, es tan general, se ha abierto tanto camino y pasa ya como moneda tan corriente, que he leído en un periód-

dico profesional muy serio y autorizado, la siguiente enfermedad:

“En la segunda (estocada) que fué hasta la mano, aunque algo tendida, *entró bien*, PERO SALIÓ CON TODOS LOS PIES. No hemos de *censurarlo por esto*, porque dada la condición del toro, así se matan los bueyes, etcétera, etc.,”

Que es lo mismo que decir: “La novela de Fulano es muy interesante, *pero* está admirablemente escrita. No hemos de censurarle por esto, etc., etc.,”

Cuando el prior juega á los naipes ¡cálculése lo que harán los frailes! Menos mal, porque esto me da mi apreciación hecha sobre el mérito de *Guerrita* como estoqueador.

Matador *eléctrico*, matador *relámpago*, matador *tren express*; todo eso es, en efecto, *Guerrita*, que entra al volapié, á la suerte arrancando y al paso de banderillas como un rayo, y sale como una centella, *según manda el arte* y prescriben “los sagrados Cánones.»

¡Así desde que se ha cuajado y domina el tercer tercio, le duran tan poco los toros! ¡Así los afianza generalmente á la primera estocada y sale ileso! ¡Y así le es permitido, lo que no le ha sido permitido á ningún matador de mis tiempos, calcular por el estado del toro cuál de las tres suertes le conviene ejecutar, el terreno que ha de tomar para la arrancada y la cantidad de ligereza necesaria para entrar y salir!

Merced á esa ligereza, que constituye, no sé cuántas veces lo he dicho ya, su personalidad en el toreo, puede verificar *Guerrita* con gran lucimiento y mejor que ningún otro espada, todas las suertes á toro parado, aun cuando los toros no estén ni perfectamente igualados, ni lo bastante aplomados para el volapié.

Le han pedido varias veces que reciba toros y lo ha hecho. Dos palabras sobre la suerte de recibir. Modo de matar facilísimo, dicen *Pepe-Illó* y Montes. No dudo que lo sería cuando se practicaba diariamente y se

transmitía entre los toreros de generación en generación.

Las reglas *teóricas* del toreo son letra muerta, como lo son todas aquellas que se refieren á los ejercicios de fuerza, destreza y agilidad; una hora de *práctica* vale más que todas las *teorías*.

Cuando desapareció con *Curro Guillén* la segunda época del toreo antiguo, la suerte de recibir hubiese muerto para siempre á no haber creado Fernando VII la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, y puesto á su frente al gran Pedro Romero.

Allí se *matriculó* Montes, y aprendió prácticamente de Romero la suerte de recibir, que transmitió enseguida en la plaza al *Chiclanero* y á Manuel Domínguez.

¿Y luego? Luego, se acabó. Cuando se inauguró el toreo contemporáneo con el *Tato*, con *Lagartijo* y con *Frascuero*, ¿quién practicaba la suerte de recibir? Nadie. ¿Dónde podían aprenderla los diestros modernos? En ninguna parte.

El admirable valor de *Frascuero* encomendó al instinto lo que no podía hacer la inteligencia. Salvador recibió toros y lo silbaron la mayoría de las veces. Estábamos en la deliciosa época de la lucha *lagartifrascuolina* y hablábamos ya de las estocadas *un poquito delanteras, un poquitito traseras* y un *si es si no es caídas*, etc., etc. Había que herir en el centro matemático del morrillo y con los pies clavados en el suelo. Y si no se recibía así, se silbaba generalmente.

Guerrita ha ejecutado también la suerte de recibir, no una sino diferentes veces. ¿Se quieren estadísticas? Allá van.

Rafael Guerra ha matado recibiendo los guientes toros: el cuarto, de Lizaso, lidiado en Barcelona el 24 de Junio de 1887; el cuarto, de Vázquez, en Madrid el 29 de Setiembre del mismo año; el tercero, de Núñez de Prado, en Madrid el 16 de Setiembre de 1888; el primero, del Saltillo, en Castellón el 7 de Julio de 1889; el sexto, del Saltillo, en Madrid el 4 de Junio de 1890; el tercero,

del Saltillo, en Valladolid el 20 de Setiembre de 1890; el tercero, del Saltillo, en Madrid el 2 de Octubre de 1890; el cuarto, del Saltillo, en Madrid el 22 de Marzo de 1891; el segundo, del Saltillo, en Madrid el 16 de Setiembre de 1891; el sexto, de Anastasio Martín, en Sevilla el 11 de Mayo de 1893; y este año ha prodigado la suerte recibiendo, el sexto, de Fontfrede, en Sevilla el 18 de Abril; el sexto, de la misma ganadería, en la misma plaza el 19 de Abril; el tercero, de Vázquez, en Madrid el 22 del propio mes; el cuarto, de Veragua, en Madrid el 6 de Mayo; el segundo, del Saltillo, en Madrid el 17 de Junio; el quinto, del Saltillo, en Málaga el 8 de Agosto, y el segundo, del Saltillo, en Bilbao el 21 del mismo mes.

Esto sin contar los toros que ha pinchado en dicha suerte sin lograr matarlos. Creo que es suficiente para probar que *Guerrita* no se ha limitado á matar yéndose á los toros, sino que ha conseguido dar con ellos en tierra viéndolos venir.

Ya que estamos con las estadísticas, continúo en ese terreno, sumamente engorroso para mí, pero que puede interesar mucho á los lectores.

Desde que *Guerrita* tomó la alternativa el 29 de Setiembre de 1887, hasta el 30 de Setiembre del año actual, lleva toreadas *quinientas veintisiete* corridas y muertos *mil cuatrocientos veintidós toros*.

En 1887	toreó	9	corridas	y	mató	19	toros
" 1888	"	84	"	"	"	226	"
" 1889	"	69	"	"	"	190	"
" 1890	"	73	"	"	"	216	"
" 1891	"	78	"	"	"	205	"
" 1892	"	69	"	"	"	191	"
" 1893	"	75	"	"	"	188	"
" 1894	"	79	"	(1)	"	223	"

Total de corridas, 556.—Número de toros muertos, 1.458.

Pertenecieron estos toros á sesenta y ocho

(1) Si no se suspende alguna en el actual mes de Octubre.

ganaderías, y de ellos *ciento cincuenta y siete* á vacadas del Colmenar.

¿Dónde está — pregunto yo ahora — el torero que en el breve espacio de siete años y tres meses haya hecho esas hecatombes? ¿Dónde está el que solo, sin estímulo alguno de competencia, haya llegado á esa altura?

¿Que ha matado *terneros*? ¿Quién no los ha matado? Pero mientras salga algún ganadero que fabrique toros á gusto de los consumidores antiguerristas, ¿son *terneros* los 1.458 toros pertenecientes á 68 ganaderías que figuran en la hoja de servicios de Rafael?

¡Verdad es que estos críticos al uso hubiesen dicho, tratándose de Gayarre, que *La Favorita*, *Los Puritanos*, *La Africana*, *Mefistófeles* y *Los Pescadores de perlas* eran *terneros*, y hubiesen pedido que el gran tenor cantase, para probar que valía, *Roberto el Diablo*, *El Barbero de Sevilla* ó *El Crepúsculo de los dioses*!

Pongamos fin á las estadísticas con las

heridas de cuerno que ha sufrido Rafael. Han sido poquísimas, por fortuna.

En Pamplona, el 9 de Julio de 1886, un toro de Ripamilán lo enganchó al darle media estocada y le infirió un puntazo en el muslo izquierdo y un varetazo en el brazo derecho.

Después de tomar la alternativa fué, como es sabido, á la Habana, y allí sufrió dos cogidas: una en la corrida de Nandín, celebrada el 20 de Noviembre de 1887, al hacer un quite, cogida que tuvo por resultado una cornada en el muslo izquierdo, y otra el 1.º de Enero de 1888 por haber resbalado *Guerrita* en la cara del primer toro del Saltillo, que le hirió con el asta en el lado derecho del cuello, salvando la vida milagrosamente.

En 1890 sufrió en Jerez la cornada de que he hablado extensamente en el capítulo XIII.

Y el 7 de Setiembre de 1893, *Bragadito*, de Solís, lidiado en segundo lugar en la co-

herida verificada en Murcia, cogió á *Guerrita* al entrar á matar por segunda vez, produciéndole una herida en el ángulo del maxilar inferior (lado derecho) de cinco centímetros de extensión por uno de profundidad, que providencialmente no le ocasionó la muerte, teniendo en cuenta la proximidad de la arteria carótida y la vena yugular.

Total: puede decirse que dos puntazos y dos cornadas.

Después de todos estos detalles, que tan íntimamente se relacionan con la vida y los hechos del lidiador, sólo me resta añadir que *Guerrita*, como matador de toros, es tan extraordinario como el banderillero y el torero en general.

Ha practicado todas las suertes de matar, ha intentado llevar á cabo la más difícil, la de recibir, guiado sólo por su instinto, y ha logrado consumarlas muchas veces, aleccionado tan sólo por lo que ha visto hacer á Salvador; y ha llegado en las del volapié, arrancando y á paso de banderillas, á dominarlas

de tal modo, merced á su ligereza, que no reconoce en ellas rival.

Pinchará unas veces más y otras veces menos, tomará aprensión á uno ó á varios toros, se le verá en unas ocasiones más confiado, más seguro de sí mismo que en otras; esto ha ocurrido siempre y ocurrirá á todos los toreros; pero juzgadas sus cualidades desde un punto de vista general, *Guerrita* se arranca tan corto y derecho como se hayan arrancado los más valientes y sale de los embroques, merced á sus facultades excepcionales, mejor, mucho mejor que cuantos matadores le han precedido en el uso de la muleta y del estoque.

No se parece á nadie, es él mismo, tiene fisonomía propia, posee lo que no es dado poseer más que á los grandes: la individualidad; y esta individualidad, que podrá gustar á unos y disgustar á otros, está siempre dentro del arte y no se aparta de sus preceptos, como creo haberlo demostrado.

Réstame tan sólo para terminar examinar

en conjunto las cualidades del diestro, y fijar definitivamente la obra *Guerrita* en el arte de torear.





XXVII

Lagartijo, Frascuelo y Guerrita.—El supremo defecto de *Guerrita*.—Declaración leal.—Lo que han hecho otros y lo que hace *Guerrita*.—La obra del torero.—Lo que es este libro.—Explicaciones y declaraciones.—*Guerrita* y sus enemigos.—¿Quiénes se equivocan?—El porvenir del diestro.—Conclusión.

No hay sino fijarse un poco en la entidad torera de *Guerrita* y examinar el medio ambiente en que se ha desarrollado para poder afirmar resueltamente que el gran diestro cordobés es la resultante lógica y natural de *Lagartijo* y de *Frascuelo*.

Ha tomado del uno y del otro y ha aplicado á su temperamento lo que mejor podía asimilarse de los dos, quedando, sin embar-

go, sin parecerse á ninguno de ambos, con luz propia y relevante personalidad.

Lagartijo ha sido con el capote y las banderillas la personificación de la belleza taurómaca, si se me permite la frase, y no ha podido tener rivales como torero elegante y serio á la vez.

Frascueto ha sido dechado de valentía y de inteligencia al propio tiempo, imponente para desafiar el peligro en los quites, y un coloso en el arte de matar. Ha *creado* un modo de estoquear toros, y bastará esta sola circunstancia para colocarlo aparte, como algo extraordinario, como algo superior, en un rango que en mi concepto no ha alcanzado nadie, ni nadie alcanzará como matador de toros.

Cuando mataba Salvador se presentía el drama, porque entre su arrojo único y su maestría, y las condiciones de las reses que estoqueaba había equilibrio; es decir, había en el diestro el prurito de desafiar á los toros y de entenderse con ellos cara á cara y frente

á frente. De ahí sus cogidas, y de ahí la intensa emoción que sus inolvidables faenas despertaban.

Con *Guerrita* no hay drama, no hay, por lo tanto, emoción. ¿Por qué? Porque el público tiene descartada la posibilidad de una cogida. He ahí, ¡parece mentira! el supremo defecto de Rafael.

Su práctica, su valor, su inteligencia, su vista, y sobre todo su imponderable ligereza, lo colocan fuera de las contingencias desagradables ó fatales de la lidia general; el público lo mira con tranquilidad perfecta, le ve salvar las situaciones más difíciles con desenvoltura, seguridad y gallardía que no admiten parangón; sabe que su maestría y el dominio absoluto que ejerce sobre sus facultades constituyen incalculables defensas para burlar las acometidas de las reses, y lo sigue á todas partes sin inmutarse, lleno de asombro ante un torero que, sin hacer cosas tan bien hechas como las han hecho Rafael y Salvador, posee un repertorio variadísimo, lan-

ces originales y de extraordinario lucimiento, que ni Rafael ni Salvador han intentado siquiera, y forman un conjunto vistosísimo, precioso, lleno de efectos y henchido de animación.

No se ve casi nunca en Guerra la dificultad vencida; es tanta la ventaja que lleva á los toros, que lo más difícil de hacer parece en él cosa natural y corriente, por lo cual, cuando él torea, diríase que la fiesta nacional pierde todo aspecto de barbarie.

Pues bien: yo declaro con toda lealtad que jamás soñé con un torero de esa talla, con un torero que, arrimándose en ocasiones como el que más, y no cediendo á nadie en bravura y conocimiento de los toros, verificase todo género de suertes, sin excluir las más peligrosas, con una seguridad, con una facilidad y una brillantez que descartasen del público la posibilidad de una desgracia.

En la historia de la tauromaquia no encuentro más que á Montes que recortaba, galleaba, saltaba con la garrocha, daba saltos

al trascuerno y hacía todo género de *mone-rías*, á quien *Guerrita* pueda compararse.

¡Y Montes sufrió muchas cogidas, dicen los unos que por no ajustarse á las reglas del arte (!!!) y los otros que por su terquedad en no dar á los toros lo que pedían!...

La gallardía de Rafael Molina, sin llegar á su soberana elegancia; el arrojo de Salvador sin llegar á su imponente fiereza; la astucia de *Curro Cúchares* para lograr en un abrir y cerrar de ojos los toros difíciles; todo eso encierra el toreo de *Guerrita*, realizado por los encantos de su individualidad.

Ya lo he dicho antes, habrá otros que hayan ejecutado suertes mejor que él; pero ninguno en estos tiempos ha sido tan completo, tan general, ni ha podido ostentar, como probado queda, la universalidad de conocimientos, la totalidad de recursos, la plena posesión de sus facultades que forman la personalidad de Rafael en todos los lances de la lidia.

¿Cómo, si no, se comprende que cuando

tantos creían—y yo el primero—que *Lagartijo* y *Frascuelo* se lo habían llevado todo, porque sin competencia no hay interés, llegase un torero capaz, en virtud de su único y exclusivo mérito, de resucitar la afición decaída, medio muerta, y de señalar nueva y brillantísima era en la historia de la tauromaquia?

Esta es la gloria de *Guerrita*, gloria que sólo alcanzó Montes cuando el arte yacía en el marasmo después de la muerte de *Curro Guillén*.

Defectos tiene, como los tenemos todos; pero los principales de *Guerrita* son exceso de buenas cualidades: la prisa por afianzar, el hervor de la juventud (hoy tiene treinta y dos años), el prurito de arrancar palmas, manchas sin importancia, si se atiende á la suma de sus grandes cualidades.

Después de *Lagartijo* y *Frascuelo* ha llenado una época; no ha sido mono de imitación, no ha copiado á nadie, ha aprendido de los dos lo que le ha parecido más conve-

niente, que no ha sido mucho, para amoldarlo á su temperamento y alcanzar luego sobresaliente personalidad.

Ha resucitado el cadáver de la afición en toda España, ha llegado á ser el Gayarre de los toreros, prestando á las plazas de toros la animación que el gran cantante trajo al Teatro Real; y, pese á quien pese, el nombre de Rafael Guerra pasará á la historia como uno de los más grandes del arte de lidiar reses bravas, y como el más completo y extraordinario de la época actual.

No quiero terminar este largo estudio de *Guerrita*, lógica continuación de *Magartijo* y *Frascuero y su tiempo*, sin añadir unas cuantas palabras á guisa de cadencia final.

Se dirá que este es un libro de pasión. ¡A qué negarlo? En efecto, este es un libro de pasión, porque donde nada puede probarse, la pasión tiene que asomar la cabeza sin remedio; pero mi pasión está más en la forma que en el fondo, menos en la idea que en la expresión.

He querido ser historiador y crítico de una época corta, pero interesantísima, del arte contemporáneo de torear; he narrado hechos, he tratado de extraer su sustancia, juzgándolos desde un punto de vista recto y exento de sistemáticas animosidades.

Más de una vez — mucho lo temo — el ambiente de pasión que predomina en la crítica taurómaca, me habrá arrastrado, bien á mi pesar, y hecho cometer alguna falta en el modo de dar forma á mis pensamientos; más de una vez también habré cometido excesos de prolijidad al relatar sucesos y someterlos al examen de la crítica; en una palabra, me habré dormido en la suerte.

Son defectos irremediables en mí, y harto siento no poder corregirlos; pero estimo que no he rebasado los linderos señalados al crítico y al historiador, y que nada personal se ha mezclado á mis apreciaciones.

He tropezado necesariamente en mi camino con *Sobaquillo* y con *Aficiones*, que han ejercido en los últimos tiempos de la ca-

rrera de Rafael Molina, y en los primeros de Rafael Guerra, una influencia decisiva y capital.

Sobaquillo es antiguo amigo, á quien quiero entrañablemente, y escritor cuyo talento admiro sin reservas; mucho menor es la intimidad de relaciones amistosas que me une á *Aficiones*, pero lo conozco también, aunque lo trato poco, y soy el primero en envidiar las dotes de su ingenio.

No lo hago constar por adularlos, ni menos por mitigar el efecto que puedan hacer en ambos mis apreciaciones, sino para probar que, dispuesto á ser crítico sincero, no he retrocedido ante ningún sentimiento de afecto personal.

En medio de todo, si *Sobaquillo* y *Aficiones* hubiesen sido dos tontos, quizás los hubiese tratado con miramientos y hasta hubiese prescindido de citarlos; pero como son hombres de talento, me he expresado sin rebozo alguno, diciendo cuanto tenía que decir.

A la guerre comme à la guerre.

Siguiendo el método que empleé en *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*, he dado de mano á todo juicio que pudiera referirse á cuantos diestros no han influído directamente en la carrera de *Guerrita*, motivo por el cual, después de haber asignado á Rafael y á Salvador la importantísima parte que les correspondía, sólo me he detenido en el *Espartero* y en Reverte.

Que no se quejen, pues, los toreros preteridos, puesto que mi conducta se ha ajustado estrictamente á un sistema. Sobrado extensa me ha salido la obra para que haya huído de hacerla interminable.

Habrá en ella errores biográficos, se me habrá deslizado algún anacronismo, á pesar de la impagable buena voluntad con que han acudido en mi auxilio mis buenos amigos D. José Bilbao y D. Luis Carmena y Millán, á quienes me complazco en presentar de nuevo el testimonio de mi gratitud; pero en lo que atañe á mis opiniones con respecto á Rafael Guerra, no estoy dispuesto á cambiarlas,

porque son fruto de un estudio meditado y de profunda y sincera convicción.

No trato de catequizar á nadie, ni estoy dispuesto á dejarme catequizar. La discusión es, por lo tanto, inútil, y la rehuyo desde luego.

Voy á insistir ahora sobre la situación que hoy ocupa *Guerrita* en la plaza de Madrid, sobre el instinto suicida que se ha apoderado de ciertos aficionados, algunos de ellos muy respetables, sin duda alguna, é insignificantes otros, que acumulan todo linaje de odios sobre la cabeza de Rafael, y ya que no pueden echarlo de la corte como buen torero, pretenden arrojarlo calumniándolo como mal hombre.

—Oigo un siseo entre millares de aplausos y me hace saltar — solía decir Gayarre á quien el público del regio coliseo trajo siempre en palmitas, porque era el único sostén de la ópera italiana en Madrid y comunicó nueva vida al Teatro Real.

No un siseo, sino cien silbidos, escucha

aquí *Guerrita* en cuanto se descuida lo más mínimo como torero, ó la prensa de provincias le cuelga cualquier odioso sambenito personal; silbidos que son inevitables, que mortifican el amor propio del diestro y el pundonor del hombre y echan á perder la ovación más halagüena.

¿Es sostenible esa situación cuando un lidiador que se halla solo, sin rival alguno que pueda hacerle la menor sombra, dueño de un caudal cuantioso y teniendo para torear, en provincias y en el extranjero, cuantas corridas se le antojan, se ve mortificado incesantemente por una minoría que acecha siempre el momento de meterle mano, que no reconoce en el diestro mérito alguno, que va á la plaza de toros con el único y exclusivo objeto de chillarle y dispuesta á perseguirlo á todas horas con un odio incalificable y tenaz?

¿Qué se proponen con eso? ¿A qué fin obedece el insensato prurito de apagar la única luz que alumbra al toreo moderno y mantiene viva la afición? Averígüelo quien

quiera, que no he de ser yo quien se lance á investigar las causas de lo absurdo.

Allá se las hayan esos señores; pero sepan que, de todas suertes, ya consigan su singular deseo ó dejen de alcanzarlo, la verdad acaba por triunfar siempre, y triunfará á despecho de cuantos se obstinan en cerrarle el paso.

¿Quiénes se equivocan aquí? ¿Yo, y conmigo millones de españoles que participan de mi opinión, ó los que zahieren en *Guerrita* al hombre, atribuyéndole defectos que no han podido hallar en el torero?

¿Quiénes se equivocan? ¿Los que, como el autor de este libro, se expresan quizá con sobrada violencia en ocasiones, pero sinceramente siempre, no pertenecen á bandería alguna ni mantienen con Rafael Guerra relaciones de amistad, ó los que, obcecados por rutinarias preocupaciones ó guiados por sistemáticos odios se empeñan en desconocer el mérito del diestro y lo persiguen con inacabable rencor?

La contestación no es dudosa, y el tiempo la sancionará.

Guerrita, entretanto, proseguirá su carrera aplaudido en todas partes y despertando la gratitud y la admiración de toda España. ¿Adelantará? Lo dudo; es joven, se halla en la plenitud de sus facultades, y, sin embargo, es opinión general que toreará poco y se retirará temprano á disfrutar del cuantioso caudal que ha ganado honradísimamente, venciendo las grandes dificultades que sus enemigos le han opuesto, prodigándose siempre, dando lo suyo, sin reservarse jamás.

Si sigue toreando mucho, podrá tal vez depurar su estilo en algunos detalles; pero el distintivo de su individualidad, el sello especial de su toreo será siempre el mismo; y nada ni nadie habrá que aumente ni cercene la gloria que rodea á *Guerrita*, ni pueda oscurecer el nombre, grande entre los grandes, con que pasará á la historia del arte de torear.

FIN.

ÍNDICE

PÁGINAS

- I.—Introducción.—Nacimiento é infancia de Rafael Guerra.—En el Matadero de Córdoba.—Una corrida ideal.—Guerra y *California*.—Una paliza.—Los protectores de Rafael.—«Los niños de Córdoba».—*El Llaverito*. 7
- II.—La primera salida.—Vuelta al hogar.—Un año de descanso.—¡En libertad!—Los comienzos de Guerra.—El primer novillo que mató.—Matador de novillos.—*Frascuelo* y Guerra.—La corrida de Linares.—Banderillero de *Bocanegra*.—Los triunfos del *Llaverito*.—Ingreso en la cuadrilla del *Gallo*. 17
- III.—Un cartel.—*Guerrita* en Madrid.—Ovaciones.—El *Gordito* y Guerra.—La revelación del torero.—Lo que hizo en la cuadrilla del *Gallo*.—Lluvia de escrituras.—Una corrida en Córdoba.—Salida de *Guerrita* de la cuadrilla del *Gallo*.—La leyenda y la verdad.—Ingreso de Guerra en la cuadrilla de *Lagartijo*. 25
- IV.—La plaza de Madrid en aquella época.—*Lagartijo* y *Frascuelo*.—El público.—Dos metáforas cursis.—El matrimonio y la flor.—*Guerrita* al lado de Rafael I.—Los lagartijistas y los anabaptistas del Profeta.—Lo que se dijo entonces.—Padre, Hijo y Espíritu Santo.—Alternando con el maestro.—Las corridas de Aranjuez.—El año 1887.—Un momento de detención. 35
- V.—La corrida del 26 de Mayo de 1887.—Las faenas de Salvador.—El santo de cara.—Los toros del Duque.—Cómo los mató *Frascuelo*.—Una emoción y una monada.—Las ovaciones.—*Guerrita* en la corrida del 19 de Abril.—Preludios de alternativa.—Punto de atención. 45
- VI.—Lo que era *Guerrita* en la cuadrilla de *Lagartijo*.—El papel que representaba.—Anuncio de alternativa.—Protestas.—Una carta á *Guerrita*.—Mi profecía.—Algunos párrafos sustanciales.—Situación de Guerra cuando tomó la alternativa. 55

- VII.—La corrida de alternativa.—*Sobaquillo fecit*.—Los héroes del 29 de Setiembre.—El juicio de la opinión.—Los ascensos de *Guerrita*.—La campaña de la Habana.—El beneficio de Guerra.—Vuelta á la Península.—Beneficios de la campaña ultramarina.—A las puertas del martirio..... 65
- VIII.—De la Habana á Sevilla.—Manuel García el *Espartero*.—Su revelación en la plaza.—Lo que decían los sevillanos.—Consideraciones.—La afición en Sevilla.—Tributo de justicia.—Manuel García y Guerra.—Las primeras corridas.—La Mezquita y la Giralda.—El triunfo de *Guerrita*..... 75
- IX.—Una efemérides.—El *Bebe*.—Su revelación en la plaza de Madrid.—La protección de *Frascuero*.—Paternidades taurinas.—Un ideal.—Las debilidades de Salvador.—La cogida del *Bebe*.—Sus consecuencias.—*Frascuero* solo.—La corrida á beneficio del *Bebe*.—Sus resultados. 89
- X.—*Guerrita* en 1889.—Sus desigualdades y su serenidad.—Presentimientos de ruptura.—Los dos Rafaelés.—Situación en que se encontraban.—La nueva generación.—*Nivoso* y *Germinal*.—Cambio de los tiempos.—Cierre del paréntesis..... 105
- XI.—La despedida de *Frascuero*.—En casa del matador.—Dos anónimos.—El último tocado.—La ida á la plaza.—En la capilla de Salvador.—La amante del torero.—Las primeras noticias.—Regreso del matador.—Los amigos y el guarda de campo.—Recuerdo indeleble..... 119
- XII.—La hora de las alabanzas.—La conducta de *Guerrita*.—La corrida.—Los tres toros que mató Salvador.—El último buey.—Faenas de Guerra.—Los lagartijistas.—La reseña de *Aficiones*.—La flecha del partho.—Por qué se retiró *Frascuero*.—Su puesto en la historia de la tauromaquia..... 133
- XIII.—Cogida de Guerra en Jerez.—El toro *Corredor*.—Un escándalo y un par de banderillas.—La cornada.—El varetazo del *Espartero*.—El toro al corral.—Curación de Guerra.—La cogida *mónstruo*.—Ruptura de *Lagar-tijo* y de *Guerrita*.—Los lagartijistas.—Un heterodoxo español.—El sueño de los anabaptistas.—¡Desperta ferro! 149

- XIV.—Las orquestas lagartijistas.—El concierto.—De bola á bola y por tabla.—Padres y padrastros.—Volapiés de sorpresa.—Coreografía y títeres.—Las predicaciones de los anabaptistas.—El sinvergüenza y primer titiritero de estos tiempos.—Guerra y los toros del Conde de Patilla.—Falsedades.—Monólogo de *Guerrita*.—Instrumentación aparte..... 163
- XV.—El *Espartero* y los lagartijistas.—Elección de un rival.—Los anabaptistas y *Maoliyo*.—El estallido.—*Teorías* y *Lagartijo*.—La carta del maestro.—Contestación de *Teorías*.—Las corridas de Valencia.—La cogida de *Lagartijo*.—Un drama espantable.—Sus consecuencias para *Guerrita*.—Final de la mascarada.—Un brindis.—Deberes del historiador.—Antes del momento solemne. 179
- XVI.—Calma relativa.—Un paso atrás.—El *Espartero* y Guerra.—Efectos de una corrida.—Los toros y los toreros.—Competencias pasadas.—La parte contra el todo.—Estado de la afición.—Una situación falsa.—*Lagartijo*, el *Espartero* y *Guerrita*.—Oscuridades..... 201
- XVII.—Acontecimiento inesperado.—La aparición de Reverte.—Ayer y hoy.—Referencias populares.—Reverte y *Bonarillo*.—Las novilladas famosas.—Los dos nuevos mónstruos.—El público y la prensa.—Alternativas y decepción.—Los dos cañones de los lagartijistas.—Lo que hacía Guerra.—El abismo fatal.—Derroche de lirismo..... 219
- XVIII.—La situación de *Lagartijo*.—Mansos de solemnidad.—Timideces y súplicas.—La campaña de Bilbao.—Paces ficticias.—El año 1893.—Cinco despedidas.—La tradición rota por *Frascuero*.—Recuerdo de antaño.—El programa de las despedidas.—Comentarios y chismografía.—Lo que se atribuyó á Salvador.—Preparativos.. 233
- XIX.—Las despedidas de *Lagartijo*.—En Zaragoza.—Sierra Morena y manos inexpertas.—El resultado.—En Bilbao.—La catástrofe.—La cabeza de *Barquero*.—La ley de las compensaciones.—En Barcelona.—Triunfo del maestro.—En Valencia.—*Teorías* y su reseña.—Madrid esperando á Rafael..... 247

- XX.—El 1.º de Junio de 1893.—Coincidencia singular.—
La procesión del Corpus y la corrida de toros.—Religión
y tauromaquia.—El Sacramento del Altar y el Sacra-
mento del Toreo.—Antes de la corrida.—La prensa y
Rafael.—¡Á la plaza!—La salida de *Lagartijo*.—La
mancha indeleble.—Lo que ocurrió en la despedida.—
Sobaquillo y Rafael.—El epitafio..... 275
- XXI.—Obediencia á *Sobaquillo*.—Los toros de Veragua.—
Defensa del ganadero.—*Paulo majora canamus*.—El
romanticismo y el realismo en el toreo.—El estilo de
Rafael.—Influencia de *Lagartijo* en el público.—Deuda
cobrada.—Cambronne y *Lagartijo*.—Encargo hecho... 293
- XXII.—La venganza de *Guerrita*.—Primera temporada de
1894.—La nueva empresa.—Los matadores escritura-
dos.—El público y la prensa con Rafael.—Nodrizas y
pedagogos.—Las corridas.—La muerte de *Farolero*.—
El toro *Enanito*, de Miura.—Ovacionès.—El recibimien-
to de Guerra en Córdoba.—La corrida de Gómez.—El
toro *Cocinero*.—El *Espartero* y Reverte.—La verdad... 303
- XXIII.—Un capítulo triste.—El toro *Perdigón*.—Las dos
faenas del *Espartero*.—El parte facultativo.—Muerte
instantánea.—Carácter de la cogida.—Suposiciones erró-
neas.—Causas de la cogida.—El entierro de Manuel.—
Juicio crítico.—¿Qué importa?—Lista de heridas.—La
maestría y la temeridad.—Lo que fué el *Espartero*.—
Manuel y Guerra.—Lo que registra la historia..... 327
- XXIV.—Después de la muerte del *Espartero*.—Final de la
primera temporada.—Un congrio y varios terneros.—
Retirada y rectificación.—*Guerrita* en Francia.—El
corresponsal salmantino.—San Isidro y Guerra.—La
expiación.—El triunfo de *Guerrita*.—Su situación en la
plaza de Madrid..... 351
- XXV.—Resumen de la carrera de *Guerrita*.—Aprendiza-
jes.—Los dos Rafaelés.—La crítica taurina.—El torero
en *Guerrita*.—Lo que dicen los «sagrados cánones».—
Lo bello y lo bonito.—Personalidad de *Guerrita* como
torero.—El banderillero.—Modo de parear de Rafael.—
Su personalidad en el segundo tercio.—Capítulo aparte. 367

- XXVI.—El matador de toros.—*Guerrita* con la muleta y con el estoque.—El matador eléctrico.—Ignorancia ó mala fe.—Lo que dicen *Pepe-Illo* y Montes.—Enormidades.—La suerte de recibir.—*Frascuero* y Guerra.—Estadísticas.—Corridas y toros muertos.—Las cogidas de Rafael.—Resumen de cualidades..... 385
- XXVII.—*Lagartijo*, *Frascuero* y *Guerrita*.—El supremo defecto de Guerra.—Declaración leal.—Lo que han hecho otros y lo que hace *Guerrita*.—La obra del torero.—Lo que es este libro.—Explicaciones y declaraciones.—*Guerrita* y sus enemigos.—¿Quiénes se equivocan?—El porvenir del diestro.—Conclusión..... 405



FE DE ERRATAS

En la página 12, línea segunda, donde dice *puso*, léase *juró*.

En la página 14, última línea, donde dice *aterradores*, léase *aterrados*.

En la página 17, línea cuarta del «Sumario», donde dice *Granada*, léase *Linares*.

La corrección de las demás erratas queda encomendada al buen juicio del lector.

4 pta
Desvolner

Este libro se halla de venta en todas las librerías, al precio de *cuatro pesetas* ejemplar.

Los pedidos al autor, calle de la Biblioteca, número 4, segundo, izquierda.



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

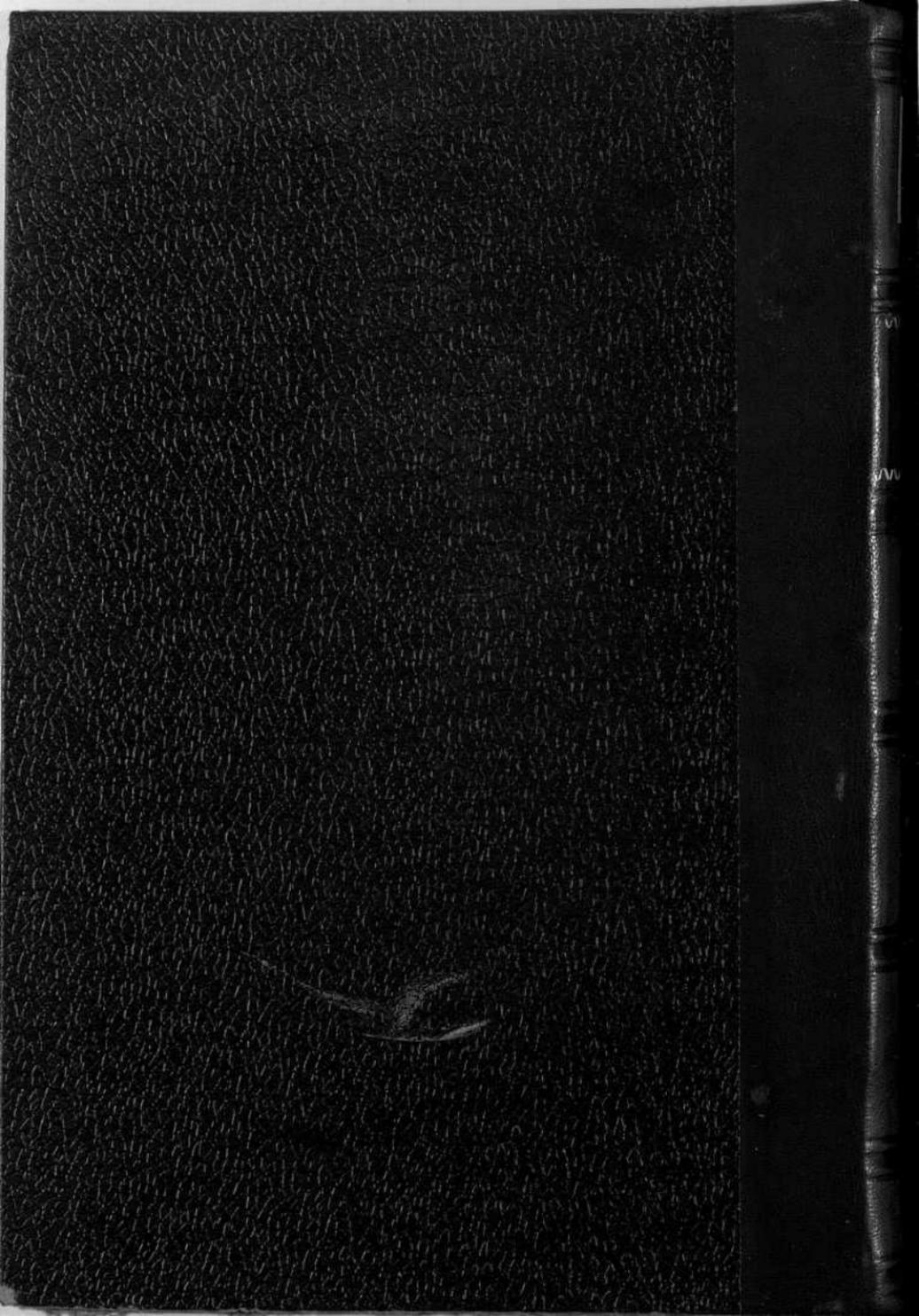
Pesetas.

Número. *15* | Precio de la obra..... ..

Estante... *1* | Precio de adquisición

Tabla..... *2* | Valoración actual..... ..

Número de tomos.. ..





PEÑA

GUERRITA